

Apuntes para una biografía de
Carlos Enrique Urquía

Hugo Enrique Boulocq

Apuntes para una biografía de
Carlos Enrique Urquía

La vida del poeta sanfernandino
a través de sus libros

Ediciones Ocruxaves
San Fernando, 2010

Dibujo de tapa de Emilio Ángel Sirimarco

Boulocq, Hugo Enrique

Apuntes para una biografía de Carlos Enrique Urquía: la vida del poeta sanfernandino a través de sus libros. - 1a ed. - Victoria :
Ocruxaves, 2010.

140 p. ; 22x14 cm.

ISBN 978-987-1194-24-7

1. Urquía, Carlos Enrique. Biografía. I. Título.
CDD 928

Fecha de catalogación: 29/01/2010

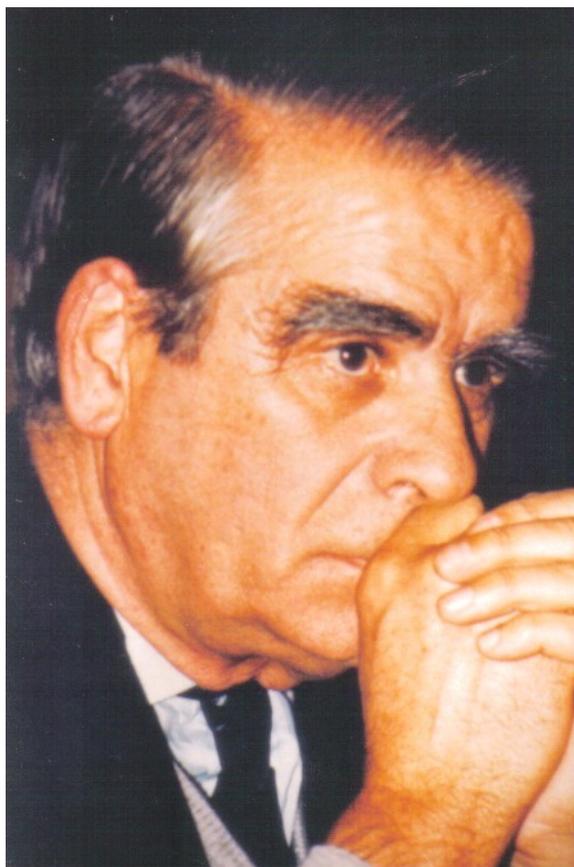
© 2010, Hugo E. Boulocq

Todos los derechos reservados
1ª edición: mayo de 2010

ISBN N° 978-987-1194-24-7
Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Editado e impreso por **Ediciones Ocruxaves**
durante mayo de 2010
Carlos Casares 3337, (1644) Victoria, Buenos Aires
Tel. 4725-0924 | ocruxaves@gmail.com

Impreso y editado en San Fernando,
Buenos Aires, República Argentina



Carlos Enrique Urquía
Fotografía de Ernesto Monteavaro



Apuntes para una biografía de Carlos Enrique Urquía: la vida del poeta sanfernandino a través de sus libros. © 2024 by Hugo Enrique Boulocq is licensed under CC BY-SA 4.0.

To view a copy of this license, visit

<http://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>

Reeditado con Software Libre y adaptado para su edición digital en enero 2024.

Si descargaste este libro, sos libre de hacer con este archivo y sus partes cuanto gustes, siempre y cuando cites la fuente.

Amistad de Carlos

Tengo un taller sin letras ni domingos
Tengo un laboratorio apoyado en la lengua
Carlos Enrique Urquía (1957)

Hugo invita a la evocación y lo que parece tiempo transcurrido, pasado cerrado, se confirma presente en la memoria y se aferra, encalla con molicie, se encanta, en el sargazo de los objetos: libros, papeles, dedicatorias, fotos, que, más allá de la muerte, tejen la eterna constelación que enreda a las personas en la amistad. Desde allí me propongo escribir.

Poco después de que Carlos nos dejara, Hugo me invitó a un homenaje en su memoria. Recuerdo haberle dicho que Urquía, el poeta, merecía, además de placas y sentidas palabras, una obra que mantuviera su quehacer como escritor y su poesía, en nuestra mirada y en nuestros oídos. Creo que este libro ha venido a ocupar ese lugar.

Carlos me honró con su afecto; Hugo, con su respeto. ¿Qué puedo entregarles a cambio de dones tan exquisitos? Quizás algunos recuerdos compongan la trama que nos reúne y sirvan para abrir esta biografía.

Hace casi dos décadas, elegí *Rama Negra* como “libro de lectura” para un curso de adolescentes que encontraron en sus poemas una manera de decir un paisaje que les era familiar y reescribieron con Carlos la sintaxis de la isla: sus mieles y

amargores. Algunos, los más (¿por qué no?) se conformaron con la prodigiosa inquietud de encontrarse, en los patios, con el director que se les desdoblaba hombre y, más aun, poeta. Otros, los menos (suele ser así) sintieron entre los ojos, en el caracol del oído, en la punta de los dedos, la invitación al trabajo artesanal con la palabra y se animaron en prolijas hojas de carpeta. Algunos más, nunca pocos, reverenciaban el saber del profesor y el decir de su saber en las aulas de Literatura.

Voy a viajar a Ávila. Me impulsa el confuso derrotero de pisar una tierra que me sirve de apellido. Carlos escribe con su letra única, de imprenta, de trazos gruesos, unas líneas de Larreta en un papel. Doblado en dos descansa en el cajón de las íntimas cosas que no querría perder. Como el recuerdo de las murallas de Ávila, el poema es, en Carlos, rotundo y sustantivo.

Los miembros de nuestro taller de lectura se sientan, en círculo, sobre el césped, en la isla. Les leo poemas de *La Cimbra*. Les propongo entender de qué se trata: el poeta, albañil, orfebre, carpintero. Su palabra, arena, cal, madera o cobre. El poema se hace objeto. Cuaja cuando la lengua se presta dócil, y otras veces, se escapa, se cuela y obliga a decir las cosas como por primera vez, como si nunca se hubieran dicho. El poeta es Adán y dice, de la única manera admisible, lo que no podría expresarse por fuera del poema. Poeta Adán ejercita el gesto del amor o lo posterga por la palabra, en su única reverente búsqueda: la belleza.

Urquía hace la poesía desde el taller y por eso, se escucha el yunque y se huele la fragua. Por eso las manos quedan

satisfechamente heridas y la escritura se compromete con todos y con quien mejor debe: con la escritura misma. *Para no quedar fuera de la belleza ni de la historia*, porque el contenido, decía Carlos -lo social, lo filosófico, lo humano- *viaja en la poesía*.

La voz de Carlos se eleva cierta en el saludo matutino; los alumnos arrastran su rumor hacia las aulas. Compartimos charlas de sujeto y predicado; desbrozamos didácticas y pedagogías. Le digo que me espanta enseñar el paradigma de las tres conjugaciones y decir que, en su preciso orden, siempre estaremos condenados a amar, temer y partir. Carlos se ríe, con la risa entre sus cejas únicas, de imprenta, de trazos gruesos. Y como otras tantas veces, privilegio de lo cotidiano, lo estamos viendo gestar un libro. Lo lleva adentro. Nos mantiene al tanto de cómo crece y empieza a moverse, hasta que, después de algunos meses, nos sorprende con el alumbramiento, texto nuevo y amistad reiterada:

*En las cornisas del poema y de la vieja casona
Las palomas cruzaron sus picos los amores del beso
Estallaron los arrullos de las plumas
Y partieron hacia las sombras de los próximos aires
Para coserse entre sí en el adiós del horizonte.*

*Amar, temer y partir
Esa inmensidad que está entre tu boca y mi boca.¹*

Carlos Urquía está, en este libro *Apuntes para una biografía*, con ese modo suyo de la hombría de bien, de la creación poética,

¹ Cinco textos de amor y una canción trasapelada (1987).

de la confianza, de la labor cultural, de la palabra empeñada. Hugo Boulocq ha hecho, con amorosa dedicación, la cosecha y la criba de los sucesos que la historia guardará. Ha espigado, con delicado cuidado, las palabras que los otros dicen sobre Carlos.

En la pared de mi escritorio, entre las instantáneas familiares, hay un cuadro. No contiene una foto. Es un retrato:

Declaración jurada

1. *Luchar contra la realidad, vencerla, salir victorioso.*
2. *Para que el hombre se convierta en hombre y para que la belleza llegue a ser la palabra de los hermanos.*
3. *La poesía no debe rendirse ante las cosas, ante el pensamiento, ante las ideas, ante la justicia ni el amor, ante la verdad y la redención. Cuando todo eso se entregue a ella como un viejo ejército oxidado, el hombre será poeta.*
4. *El poeta debe estar de parte de los pobres, de los esclavizados, de los reprimidos, de los traicionados, debe defender heroicamente la fórmula del pan y la fórmula del amor. Pero, pobre de él si espera ser poeta por tales supremas actitudes. Deberá saber que no se trata de tener razón sino de tener poema.*
5. *Tal es la misión de los descendientes de Homero.*

Al pie, *con la fraternidad de siempre*, su firma: única, de imprenta, de trazos gruesos.

Mónica Ávila

Principio

Una noche inusual de febrero de 2003 me llamó Lydia por teléfono para decirme que Carlos había muerto. El dolor que sentí en ese momento fue irrefutable y hoy se confunde con otros dolores que me persiguen desde siempre; Carlos Enrique Urquía fue un amigo al que quise con profunda admiración y de quien guardo estas memorias que no me pertenecen.

Urquía luchó limpiamente por su lugar en el único sitio asible de nuestra humanidad y comprendió cabalmente la esencia del arte poético; creo que alcanzó algo de la simple sabiduría de la naturaleza, que cristaliza un tronco seco y lo perpetúa por siglos. Su vida pública, extrovertida y confiada, cedió en los últimos años a la madurez del artista en la inasible fábula de la vida.

No había dolor ni resentimiento cuando me decía que la cifra del poeta no depende del reconocimiento o la popularidad; ya había alcanzado los ochenta años y aún esperaba escribir ese único libro que lo redimiera ante sí mismo. En ese entonces no conducía su automóvil y me aguardaba en la puerta de su casa, los primeros domingos de cada mes, para presidir la reunión de los escritores en la Biblioteca Juan N. Madero de San Fernando. Yo estacionaba mi auto y él subía con dificultad, aferrándose a todo lo que le permitiera acomodarse en el asiento. Y como en una alegoría de su vida, la puerta entornada de su casa permitía ver la silueta menuda y atenta de Lydia, quien lo dejaba en mis manos con alguna resignación para mí incomprensible. El corto viaje posterior hasta San Fernando, y el de regreso, contrastaban con aquellos otros más largos que durante un año, en 1988, hicimos a Campana, donde

Urquía reveló, casi todos los sábados y ante un auditorio sorprendido, los misteriosos secretos de la poesía. Sus conceptos, ahora, se habían afinado, no tenían los rodeos que proveen las citas de autores y libros, sonaban ingenuos y ya no se adornaban con la oratoria espontánea y segura que derrochó en su madurez. En esos últimos años, silenciosa y pausadamente, Carlos retornó a lo simple; ya había hecho y dicho lo suficiente, y como en un poema acabado, no había nada más que agregar.

Hoy, a siete años de su muerte, acaecida el sábado 8 de febrero de 2003, sé que traté y fui amigo del mayor poeta de San Fernando, cuyo nombre y estatura poética demandarán los años necesarios para ser reconocidos públicamente. Este es mi aporte personal, limitado y subjetivo, a esa historia que alguna vez otros escribirán persuadidos de la importancia que tuvo Carlos Enrique Urquía en la poesía argentina.

Hugo E. Boulocq

Plan de esta obra

Esta biografía se asienta sobre los libros publicados por Carlos Enrique Urquía. Arranca en 1957, cuando apareció “Amistad en las islas”, y continúa el itinerario de sus ediciones hasta su muerte.

La obra poética de Urquía se desarrolló en dos vertientes: la ciudadana (o poesía de la ciudad), que comprende los libros *“Ingreso en el hombre”* (1959), *“Palabra de honor”* (1971), *“Sujeto y predicado”* (1974) *“Primavera corregida, libro de las actas”* (1986 y 1993), *“Cinco textos de amor y una canción traspapelada”* (1987 y 1993), *“Monograma, cuaderno contemporáneo”* (1987 y 1993), e *“Historia natural de la manzana”* (1993 y 1995); y la isleña (o poesía del Delta del Paraná), que abarca las obras *“Amistad en las islas”* (primer libro de las islas, 1957), *“La cimbra”* (segundo libro de las islas, 1961, Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores), *“Rama negra”* (tercer libro de las islas, 1971 y 1989) y *“Sintaxis del Ibicuy”*, el cuarto libro de las islas que se editó después de su muerte.

A esta nómina creí conveniente agregar como capítulos la revista literaria “Amistad”, la obra antológica en tres tomos “Cuarenta años de poesía argentina” en coautoría con José Isaacson, el libro “Urquía y el Delta Bonaerense”, y la Filial Delta Bonaerense de la S.A.D.E. (Sociedad Argentina de Escritores) que Urquía fundó en 1973 junto a Francisco Vázquez, Tomás Scuseria Muffatti y Héctor Prado.

Por tales motivos, las referencias biográficas no observan una cronología exacta y son parte de un período determinado por la publicación o circunstancia que titula el capítulo. Y como se trata en

muchos casos de recuerdos personales, no son exhaustivos ni completos.²

Ello me permitió mostrar en primera instancia al poeta y su poesía, ya que ésta es la asociación inmediata que guardo de Urquía y posiblemente el legado de su vida.

*“No quiero estar de pie sobre la historia
mi cuenta que es conmigo
desciende a mi infinito
y con ella respondo lo que puedo
en el acto de luz de la palabra”*

Carlos Enrique Urquía,
revista *“Amistad”*, septiembre de 1958

² Esta biografía carece de muchos datos sobre la extensa labor docente de Urquía, ya que lo conocí unos años antes de su jubilación y no traté a sus colegas y discípulos, con excepción de la profesora en Letras Mónica Ávila, por quien Carlos E. Urquía tenía un cálido respeto y una gran admiración.

Amistad en las islas

Los comienzos

El primer libro publicado por Carlos Enrique Urquía se tituló “Amistad en las islas”. Fue impreso y editado por Américalee el 6 de noviembre de 1957, contiene una exégesis preliminar de los poemas por Anselmo Leoz y se encuentra dividido en dos campamentos: el primero se titula “El amor” y el segundo, “Las islas”.

Urquía tenía entonces treinta y seis años cumplidos y había publicado con anterioridad sus poemas en las revistas “Horizontes” (El Palomar, 1941), “Pesca y Náutica” (1955), “La Corporación” (1956), y en los periódicos “El Argentino” (1950) y “El Día” (1953), ambos de La Plata.

Cinco años antes, en septiembre de 1952, el Ateneo Popular de La Boca lo había premiado por su poema “Con las ventanas abiertas” en el segundo certamen de poesía “Francisco Isernia”. El diario “La Prensa” de la Capital Federal publicó la noticia, mencionando que la primera recompensa había sido para Oscar Hermes Villordo, después famoso escritor argentino. En octubre de 1954 fue nuevamente premiado en el tercer certamen de poesía “Francisco Isernia” que organizó dicho Ateneo.

La aparición de “Amistad en las islas” fue ampliamente reseñada por los diarios “La Razón” del 12 de abril de 1958, y “Noticias Gráficas” del 17 de junio de 1958, ambos de la Capital Federal, y por “La Capital” de Rosario del 14 de febrero de 1960; y las revistas “Atlántida” (abril de 1958), “Te diré” (febrero de 1958),

e “Histonium” (junio de 1958).

En esa época y tal como lo señala el comienzo de un reportaje que le hicieron para el diario “Crítica” del 6 de mayo de 1960: *“Urquía es un tipo flacote y de risa fácil. El poeta dentro de la dimensión del cantor. El hombre imperiosamente acuciado a darse en su canto sin límites de distancias, tiempo y horas”*.

Carlos había nacido en Martínez, partido de San Isidro, el 2 de octubre de 1921. Su papá se llamaba Juan Santos y su mamá Amalia Cazeaux. Tuvo cinco hermanos, cuyos nombres y apelativos están escritos en la dedicatoria de su libro “Sujeto y Predicado”, publicado en 1974. Cuando la familia se mudó a San Fernando, Carlos tenía cuatro años, y desde esa edad hasta su muerte siempre residió en el partido, aunque en dos domicilios distintos.

Los estudios primarios los cursó en la Escuela N° 8 de San Fernando y los secundarios en la Escuela Normal Mixta del mismo distrito; se recibió de maestro en 1939. Siempre recordaba que había comenzado a leer y escribir poesía a los nueve años. En un reportaje que le hice para el periódico “Prensa Chica” de San Isidro, a propósito del Día de la Raza de 1987, Carlos me contó que a esa edad ya comenzaba a leer a Góngora, a Quevedo, al Arcipreste de Hita, a Unamuno, a Del Valle Inclán, porque sus padres tenían esos libros, y que su mamá fue la primera lectora de sus poemas juveniles.

Antes de casarse fue maestro en una escuela de la provincia de Formosa, la N° 70, y de regreso comenzó a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires. La formación universitaria, aunque inconclusa, le permitió otro trato con la filosofía, la lingüística, la historia y la literatura. De esa época datan

sus posteriores preocupaciones por el lenguaje y la metafísica del arte poético, sobre los que siempre teorizó con excelente base crítica.

En 1948 se casó con Lydia Nápoli, cuyo nombre aparece muchas veces en este libro como si se tratara de la memoria de Urquía; en 1950 tuvieron a Carlos Pedro, su único hijo. El 19 de abril de 1960, Francisco Xavier Branda le agradecía a Carlos el obsequio de “Ingreso en el hombre” en una nota donde le enviaba saludos a *“todos los suyos y en particular a su simpático pibe”*. Este *“simpático pibe”* fue siempre el orgullo de Urquía, una extensión de sí mismo que él diferenciaba con el “Carlos Pedro” distinto a su “Carlos Enrique”.

En 1949 fue nombrado Director de la Escuela Nº 21, Distrito Escolar 1º de la Capital Federal, e ingresó como profesor en la Escuela Nacional de Educación Técnica Nº 1 de San Fernando. De este establecimiento llegó a ser Regente de Estudios, cargo con el que se jubiló. En la escuela secundaria dictó cátedras de Castellano, Historia Antigua y Medieval, y Literatura Española, Americana y Argentina.

Después de casarse y un tiempo antes de publicar “Amistad en las islas”, en 1954 Carlos debutó como actor teatral. La revista “El Hogar”, en febrero de ese año, publicó un artículo ilustrado con fotografías titulado “El Príncipe de Hamburgo”, el que refería: *“El conjunto independiente “Las Carátulas” presentó recientemente en el escenario que el Instituto de Arte Moderno posee en la galería Van Riel la conocida obra del poeta y dramaturgo Enrique von Kielst, “El Príncipe de Hamburgo”. Bajo la dirección de Hugo Marín y contando con la adhesión de la embajada de la República Federal*

de Alemania, la obra, que fue traducida en verso por José María Coco Ferraris, fue otro loable esfuerzo artístico de los teatros independientes porteños, que tanto hacen por el desarrollo teatral y cultural de nuestro país". El pie de una foto adjunta aparecía el siguiente epígrafe: *"Susana Vázquez, Carlos Sacovich, Ana María Caputo, Marta Chechini, Olda Dervel y Carlos Enrique Urquía en una escena de la obra"*. El diario "Crítica" de la Capital Federal publicó también en febrero de 1954 dos comentarios elogiosos acerca de la obra y sus intérpretes. Pero Carlos no solía hablar de ello, es más, parecía algo olvidado o perdido que sólo en una oportunidad - cuando la común amiga Azucena Fontán instaló su teatro en el Centro de Arte "Enrique T. Susini" de San Fernando, en la calle Tres de Febrero, del cual fui secretario-, salió a flote en nuestras conversaciones. Azucena le había pedido su obra teatral "Las trampas" para representarla y Carlos, entusiasmado, se la envió por mi intermedio. En el ínterin, me contó que había actuado en una compañía de teatro independiente y que "Las trampas" era su única incursión en el género. Lamentablemente, la obra nunca se representó.

En las bibliografías conocidas de Urquía se señala a "Amistad en las islas" como "Primer libro de las islas", pero la mención no consta en la edición original y es un agregado posterior que Carlos consintió después de la publicación de "La Cimbra" en 1961. En rigor, creo que lo de las vertientes en que se separa su producción poética, la isleña y la ciudadana, surgen de estos dos campamentos en que se divide su primer libro, cuyos motivos corren por andariveles distintos. Con este primer libro, Urquía se proponía *"la empresa de encuadernar las islas"* del Delta del Paraná.

Una cita del prólogo de Anselmo Leoz puede resumir y compendiar la buena crítica y el acogimiento que recibió esta edición: *“Hay en todo él (el libro) una gracia alada y una pulsación honda del paisaje, y nos parece sentir que la belleza ha puesto su mirada centelleante en nuestro pecho”*.

La revista “Te diré”, en febrero de 1959, nombró a Carlos el *“poeta de la amistad”*.

Y la palabra amistad, efectivamente, recorrió toda su vida.

Ingreso en el hombre

El punto de partida

El sugestivo título del segundo libro publicado por Urquía, editado e impreso por Américalee el 28 de agosto de 1959 -y que contiene un retrato del autor hecho por Raúl Schurjin-, recoge una exigencia expuesta por Hermann Hesse en su "Demian", en 1918: *"La única misión verdadera del hombre es la de ingresar en sí mismo"*. Hesse tuvo influencia en las corrientes literarias de la primera post guerra y su pensamiento alentó a las nuevas generaciones que se asomaban, algo estupefactas, a un mundo dividido y malherido. Hermann Hesse figura en una cita del libro "Monograma. Cuaderno contemporáneo" que apareció en 1987, pero Carlos no solía hablar de este autor.

Después de publicar "Amistad en las islas", Carlos conoció a Raúl Gustavo Aguirre³, bibliotecario de la entonces Caja Nacional de Ahorro Postal, exquisito poeta, traductor y agudo teorizador de la poesía, director de la memorable revista "Poesía Buenos Aires", quien ya en la primavera de 1950 sostenía que *"la poesía no tendrá explicación para nadie"*, porque los poetas *"no lloramos el presente y cultivamos la vida donde nuestra es la referencia y la medida del espacio, la calle, la más holgada visión del territorio que fue antes un yermo, (y que) ahora aparece y se estampa al ras de toda*

³ Poeta, antólogo y crítico nacido en Buenos Aires en 1927. Ligado a la corriente poética llamada "invencionismo", desarrolló una intensa actividad en el esclarecimiento de los movimientos de vanguardia, como teorizador y sistematizador de las más importantes expresiones de esa escuela. Gran parte de la labor realizada en ese sentido fue llevada a cabo durante la dirección de la revista "Poesía Buenos Aires". Allí tradujo a un sinnúmero de nuevos poetas. En 1952 presentó su *Antología de una poesía nueva*; en 1954, en los números 13 y 14 de la revista antes citada, publicó *Poetas de hoy: Buenos Aires, 1953*. Obra poética: *El tiempo de la rosa*, 1945; *Cuerpo del horizonte*, 1951; *La danza nupcial*, 1954; *Cuaderno de notas*, 1957; *Redes y violencias*, 1958; *Alguna memoria*, 1960; *Señales de vida*, 1962, entre otras. Pocos como él han logrado conjugar la labor crítica con la creación poética. Murió en enero de 1983.

memoria". Gracias a Lydia tengo los números 1 al 20 de "Poesía Buenos Aires" que Carlos atesoró desde 1955.

En 1959 y en vísperas de sus treinta y ocho años, Urquía ya había asimilado a Quevedo, a Lugones, a Milton, a Bergson, y consumía -creo que ésa es la palabra- a Max Bense, a Vallejo, a Michaux y, especialmente, a Vicente Huidobro. Muchas veces me repitió en tono jocoso la irónica pero cierta aseveración de Huidobro: *"un poema es un poema, tal como una naranja es una naranja y no una manzana"*.

Este segundo libro, señalado como el principio de su vertiente ciudadana, no trata en realidad de temas urbanos sino los íntimos y profundos del poeta que crece en medio de abismos. Yo lo considero un libro fundacional, de poeta formado y seguro, pero arriesgado.

El diario *Crítica*, en noviembre de 1959, señalaba enfáticamente: *"Con 'Ingreso en el Hombre' (Editorial Américal) Carlos Enrique Urquía marcó definitivamente su incorporación al grupo cada vez mayor de poetas que creen en América y lo afirman en sus obras"*. El diario *Noticias Gráficas*, el 11 de diciembre de ese año, comentó el libro en tono crítico: *"Urquía se lanza con su gran imaginación a reconstruirse a sí mismo, en contacto con todo lo que siente y lo que ve, y reproduce el inevitable caos de ese encontronazo, y lo malo es que a veces las palabras -y no siempre las 'mejores' palabras, poéticamente hablando- lo arrastran"*. Fulvio Milano, desde la revista *Cardinal*, en abril de 1960, también se sumó a la crítica: *"Tal vez hubiera sido necesario una más efectiva vigilancia sobre algunas imágenes evidentemente construidas desde afuera, es decir, sin verdadera*

funcionalidad poética". El diario "La Prensa" de Buenos Aires, el 17 de abril de 1960, en una nota firmada por David Martínez, se mostró severo al resaltar sobre el libro: *"una suerte de oscuridad seguida de una obstinada no puntuación -que en el canto de Urquía no halla justificativo- revelan un afán de "surrealismo" que, lejos de clarificar, enturbia los cauces que pueden conducir al poeta a un real encuentro con su mensaje"*. Roberto Juarroz, en cambio, en "La Gaceta" de Tucumán del 20 de diciembre de 1959, escribía: *"Creo que esta es una poesía francamente existencial y existente, cargada de vida e inteligencia, con intensidad de lanzamiento interior y real penetración en el hondo mecanismo del idioma que se vuelve así abierta voz del hombre"*. El diario "La Razón" de Buenos Aires, en diciembre de 1959, ponía de manifiesto la influencia de Huidobro, Vallejo y Neruda en las páginas del libro. Luis Ricardo Furlan, en la revista "Histonium" de mayo de 1960, aseveraba que *"la poesía argentina contemporánea se enriquece con la voz de Carlos Enrique Urquía, poeta integral que afirma la existencia del hombre y lo devuelve al origen misterioso y mínimo de la naturaleza"*. El diario "Clarín", en su edición del 31 de enero de 1960, fue contundente al afirmar: *"Con su "Ingreso en el hombre", Carlos Enrique Urquía se gana un sitio de relieve entre los primeros poetas argentinos de las últimas generaciones"*. El libro llegó a Brasil y fue comentado en la revista "Folha" de San Pablo (3 de julio de 1960).

Este segundo libro de Carlos anuncia, a partir de 1960 y cuando hacía un año y medio que publicaba junto a Isaacson la revista "Amistad", una década de su vida signada por la frecuente exposición pública y un verdadero y auténtico protagonismo.

En diciembre de 1960, siendo profesor del Colegio San Fernando, se estrenó el himno de este instituto, cuya letra compuso; la música era de la profesora Bertrés de Álvarez. La noticia fue recogida por el diario “La Prensa” de Buenos Aires. Mientras tanto, en San Juan, el 24 de ese mes y año, el diario “Tribuna” publicaba una “Crónica de la Poesía Argentina Joven”, señalando a Carlos Enrique Urquía entre una exigente nómina integrada por Alfredo Veiravé, Jaime Dávalos, Mario Jorge De Lellis, Nira Etchenique, Alberto Luis Ponzó, Antonio Requeni y Nicolás Cócaro. Desde entonces, su nombre quedó inscripto en todas las buenas y serias antologías poéticas que se publicaron en el país. Voy a mencionar dos de esas antologías: la primera es “Antología de la Poesía Argentina” de Raúl Gustavo Aguirre, editada por Ediciones Librerías Fausto en 1979. En su tomo II, página 699 incluye a Carlos Enrique Urquía con una selección de poemas de “Amistad en las islas” y “La cimbra”; la segunda es “Poesía Argentina Contemporánea” de la Fundación Argentina para la Poesía (1985). En su tomo I, parte décima, incluye a Urquía entre las páginas 4339 a 4386 con una abundante selección de sus poemas, un extracto de juicios críticos sobre su obra, una breve biobibliografía y un cuestionario final, en el que se le pregunta “Cuáles son sus propuestas poéticas”. La respuesta de Carlos resume su íntima convicción sobre la poesía: *“Yo pienso que el poema es un objeto artístico que debe ser elaborado como tal. Es un producto cultural que alimenta de belleza la vida del hombre, que no puede vivir sin ella, como no puede hacerlo sin oxígeno, ni amor ni libertad. Es necesario, no contingente, como muchos creen”*. La alusión a “contingente” se refiere al ser de la poesía, que

no es por sí sino por otro, y que se encuentra alejada de los enunciados de verdad o falsedad. Este tomo, que comparte con Juan Gelman, Rafael Felipe Oteriño y Francisco Tomat-Guido, entre otros, trae una foto de página entera de Urquía.

Las revistas literarias y los suplementos literarios de los diarios capitalinos y periódicos locales lo llamaban para entrevistas y notas, y le pedían artículos; Carlos fue asiduo colaborador de los diarios “Clarín” y “La Nación” y corresponsal en San Fernando del diario “La Prensa”. Escribía acerca de la poesía y sobre libros que se editaban, comentaba nuestra literatura americana y el surgimiento de nuevos escritores argentinos. Unos años más tarde escribiría notas sobre fútbol y tango (Carlos escribió la letra para más de veinte tangos), sobre barcos, algún cuento e historia sanfernandina.

El 7 de octubre de 1964 la casa Fermata S.R.L. (Ediciones Internacionales) publicó en su Repertorio Típico el tango “La Mina”, con letra de Carlos Enrique Urquía y música de Juan Ventura y Nicolás Luis Cuccaro. Esta letra apareció en el libro “Palabra de Honor” (1970) y en la página 57 del libro “Sujeto y Predicado” que Urquía publicó diez años después, en el capítulo “La vivlia” (la vida vivida - libro de tangos). El jueves 2 de agosto de 1979, el Suplemento Cultura y Nación del diario Clarín publicó el artículo de Carlos titulado “El tango del cuerpo”, con una notable ilustración de Sigfredo Pastor. En él, Urquía propone rescatar la piel de esta danza porteña, desnaturalizada por el baile sofisticado que se practica en su nombre, alejada de la juventud y de los cánones que la hicieron popular.

El 7 de abril de 1960, el diario “Clarín” ya había publicado un reportaje a Urquía en la sección “Con nuestros escritores”, titulado

“El poeta frente a la pasión del fútbol y el tango”. En el mismo dice Carlos: *“Al cambiar los tiempos y las cosas, cambian los poetas. Buenos Aires, que a pesar de su aspecto comercial, tiene un alma hondamente soñadora y artística, encontrará los nuevos poemas (un tango siempre es un poema) que la dirán sin agregarle nada empero y sin olvidarse de sus reales valores: su idiosincrasia generosa, triste, gaucha”*.

Este segundo libro de Urquía culmina con el poema “Apuntes para mi muerte”, el que contiene un inigualable epígrafe de César Vallejo: *“Murió mi eternidad / y estoy velándola”*.

Revista literaria Amistad

En junio de 1958, en vísperas del invierno, apareció el primer número de la revista literaria “Amistad”, cuyos directores eran José Isaacson y Carlos Enrique Urquía. Su domicilio estaba en la casa familiar de Urquía, calle Presidente Quintana 1045 de San Fernando.

El diario “La Razón” de la Capital Federal, el 12 de junio de 1958 anunciaba: *“Ha surgido una nueva revista, “Amistad”, trimestral y de tipo boletín, dirigida por José Isaacson y Carlos Enrique Urquía”.*

Desde entonces y durante cuatro años, hasta julio de 1962, se publicaron, en cada estación del año, los dieciséis números de esta excelente revista; su título cambiaba de color en cada trimestre (rojo, naranja, verde y celeste), y trajo siempre, en su primera página, una nota editorial encabezada: “Amigas, Amigos:”, la que a lo largo de su existencia definió una postura humanista, literariamente vital y abierta a diferentes actitudes estéticas e, indudablemente, abarcativa del nuevo espectro de creadores que se sumaban a los ya reconocidos. Su virtud fue la de publicar textos inéditos o aún desconocidos de los autores incluidos, entre los que cabe mencionar a Nicolás Guillén, Manuel del Cabral, Raúl Gustavo Aguirre, Rodolfo Alonso, Bernardo Ezequiel Korembli, Rafael Alberti, Nicolás Olivari, Edgard Bayley, León Benarós, Juvencio Valle, María Teresa León, Atilio Betti, Agustín Cuzzani, Ricardo Molinari, Ernesto Sábato, Antonio Requeni, Roberto Santoro, Julio Arístides, Luis Ricardo Furlan, Joaquín Giannuzzi, Nélica Salvador, Nicandro

Pereyra, entre tantísimos otros que dieron brillo a la publicación. El 5 de enero de 1961 la revista "Vea" de Chile comentaba que la revista argentina "Amistad", en su número especial 10-11 dedicado a la poesía chilena, había publicado el poema "Historia" del libro inédito de Pablo Neruda "Las piedras del Chile". El número 12 fue realizado por un dibujo inédito de Jean Cocteau para los jóvenes poetas argentinos. Además, sus páginas mostraron perfiles de la poesía uruguaya, chilena, paraguaya y argentina, y se convirtieron en un verdadero lazo de amistad entre los poetas del sur de América.

La revista concluía con una reseña y mención de los numerosos libros recibidos.

La repercusión pública de esta publicación fue sostenida por reseñas y comentarios en diarios como "Crítica", "Clarín", "La Razón", "Noticias Gráficas" y "El Mundo". El antecedente institucional de esta publicación fue la "Agrupación Amistad", reseñada en el periódico "Amanecer" el 26 de marzo de 1958, la que tuvo como presidentes a Anselmo Leoz y Alberto Rossi, y como secretarios a Augusto Garabito y Alberto Rossi, en 1958 y 1959 respectivamente.

Isaacson y Urquía, integraron -junto a Julio Arístides, Miguel Ángel Viola y Luis Ricardo Furlan- la Federación Argentina de Revistas y Grupos Literarios Independientes, la que en 1959 organizó un concurso de revistas con el auspicio del Fondo Nacional de las Artes. La revista literaria "Amistad" ganó el primer premio de diez mil pesos entre una cantidad apreciable de revistas literarias de la época.

El 3 de marzo de 1959, el diario "La Nación" de Santiago de

Chile daba cuenta de la presencia de José Isaacson y Carlos Enrique Urquía en Chile para estrechar vínculos con los pueblos americanos, en aras de una “Hermandad Poética” propiciada desde las páginas de la revista “Amistad”.

Es preciso señalar que en aquel entonces ya circulaban revistas literarias como “El grillo de papel”, “Utopía”, “Laurel”, “Poesía 59”, “¿Por qué...?”, “Exposición”, “Airón”, “El Bichito”, entre tantas otras, y que si recién había dejado de salir “Poesía Buenos Aires” de Raúl Gustavo Aguirre, ya se aprestaban para hacerlo “El escarabajo de oro” de Abelardo Castillo, “Hoy en la Cultura”, “Palabra”, “Síntesis”, “Eco contemporáneo” y “Vuelo”.

La Cimbra

El vitalismo creativo

El título de este tercer libro de Urquía editado e impreso por Américallee el 5 de diciembre de 1961, evoca a una rústica caña de pescar usada por los isleños del Delta. *“Tiene sentido general de trampa y, con frecuencia, suele colgársele una lata o cascabel que hace de chicharra cuando el pescado tira, avisando así al pescador. El primitivismo de su juego, la ancestralidad que la cimbra encierra, el simbolismo de conexión con lo telúrico, ha sido la razón que me ha llevado a servirme de su nombre para este segundo libro de las islas”*, explica Carlos en las primeras páginas. El volumen se presenta, efectivamente, como el segundo libro de las islas; está ilustrado por Juan Carlos Benítez, Antonio Oliva, Naúm Goijmam y con reproducciones de xilografías (grabados en madera) originales de Ventura Valente y Carlos Enrique Urquía. La tapa del libro exhibe una ilustración del autor. Está dedicado a sus padres Amalia y Juan, a sus suegros Mercedes y Antonio, los padres de Lydia que Carlos consideraba también suyos; a Lydia y a Carlitos, y a sus hermanos.

La edición es más rica en detalles que las dos anteriores, porque aparte del texto de las solapas firmado por Anselmo Leoz (que erróneamente se fecha en Buenos Aires un año después de la edición, en 1962), trae dedicatorias y epígrafes de Henri Michaux y Guillermo Enrique Hudson, además del que reproduce una estrofa de “Amistad en las islas”.

La nota de Leoz es impecable y precisa: *“La cimbra es la continuación de “Amistad en las islas” y de perfección, en cuanto a*

lo poético, de los elementos formales. Urquía cree que el único elemento de que dispone el poeta es la palabra: la poesía es el arte a través de las palabras, o el arte de las palabras; y el poeta es el único hombre que en el mundo se aboca a esta empresa. Los otros elementos, como la anécdota, y junto a ella lo social y filosófico, pueden viajar en la poesía, pero no son la poesía. Si trazáramos un esquema ideal hacia la poesía pura -esquema que Urquía trata de convertir en empírico, puesto que va en pos de ello- esos valores que el poeta considera extrapoéticos tendrían que ir cayéndose, descartándose, en el proceso creativo. Del enfrentamiento, del choque, de la mezcla de las palabras debe surgir la poesía”.

Juan José Ceselli, en un extenso comentario publicado en el diario “Clarín” el 18 de octubre de 1962, concluía: *“La cimbra es un bello e inigualable libro que al aparecer marcó un momento inolvidable para la producción poética argentina”*. El diario “La Prensa” en su edición del 11 de noviembre de 1962, se sumaba a los elogios que, ahora decididamente, Carlos cosechaba en su pueblo, San Fernando, y en su provincia, Buenos Aires. José Isaacson ya había disertado en el prestigioso Ateneo Esteban Echeverría de San Fernando sobre “Carlos Enrique Urquía y el vitalismo poético”, un término acuñado posiblemente por Luis Ricardo Furlan, poeta y crítico que seguía con atención la producción poética de Urquía, también teorizador de la generación de poetas que habían comenzado a publicar en la década iniciada en 1950 y que comenzaba a ser conocida como “neohumanista”.

El vitalismo poético residía en ese poder de captación e interpretación anímica del paisaje que, más allá del horizonte urbano ceñido a Buenos Aires, despertaba con iguales o mejores

recursos que los poetas de la ciudad, un fervor inusual por el entorno. Ya Carlos Winter en la revista “Comentario” (1959) y reseñando largamente “Amistad en las islas” e “Ingreso en el hombre”, mencionaba el vitalismo esencial subyacente en la poesía de Urquía, aunque lo vinculaba al compromiso vital del creador con sus circunstancias y, en especial, a los fuertes ecos emotivos de la palabra amistad.

Cuando Horacio Salas publicó en 1968 su ensayo y antología “La poesía de Buenos Aires”, le dedicó un capítulo al neohumanismo y la vanguardia, incluyendo a Urquía en la línea continuadora del neorromanticismo cuarentista, pero con un mayor contacto con el medio. Esta línea generacional, distante de la que descendía de las experiencias vanguardistas iniciadas por Edgar Bayler en 1944, agrupaba a Atilio Castelpoggi, Héctor Miguel Angelli, Fulvio Milano, Roberto Hurtado de Mendoza, Luis Ricardo Furlan, José Isaacson y Carlos Enrique Urquía.

Lo cierto es que Carlos siempre se sintió cercano al creacionismo del poeta chileno Vicente Huidobro, cuyo imperativo: *“el artista no debe darnos lo habitual, debe crear”* constituía la médula de su concepción crítica de la poesía. Este movimiento había nacido como una corriente literaria de vanguardia a partir de la revista “Creacionismo” publicada por Huidobro en 1921.

En su trabajo “Corrientes de la actual poesía argentina”, publicado por la revista “Artes y Letras” en 1963, José Isaacson bautizó como neo humanista a la promoción de poetas que se replanteaban desde el hombre de carne y hueso, una poética existencial, permanentemente preocupada por el destino del hombre. Este autor agregaba a la lista posterior de Salas a Horacio

Armani, Joaquín Giannuzzi, Alberto Luis Ponzo, Alfredo Veiravé, Oscar Hermes Villordo y Héctor Yanover, quienes habían comenzado a publicar sus libros a partir de 1950.

Carlos, cuando se publicó “La cimbra”, había cumplido cuarenta años y dividía su tiempo entre la inminente aparición del primer tomo de “40 años de poesía argentina”, la revista “Amistad”, la docencia y su familia. Un año antes, el 6 de mayo de 1960, en un reportaje concedido al diario “Crítica”, Urquía sostenía: *“Hay una voz poética americana, pero no todavía una poesía argentina bien definida”*.

En 1965, un año después de la aparición del último y tercer tomo de la exhaustiva antología, fue nombrado Director de Cultura y Prensa de la Municipalidad de San Fernando. El intendente municipal, don Héctor E. Viola, luego miembro de la agrupación local “Amistad 25”, lo integró a su reducido gabinete. La Dirección de Cultura se encontraba entonces en el edificio del palacio municipal.

En diciembre de 1965, el diario “La Prensa” de la Capital Federal publicó en una nota ilustrada con una fotografía, la noticia de la imposición del nombre “John F. Kennedy” a la calle Crisol de Victoria, partido de San Fernando. En esa oportunidad estuvo presente el agregado cultural de la embajada de los Estados Unidos y Urquía se refirió a la figura del extinto presidente de ese país del norte de América.

Al año siguiente, Carlos fue designado Vicepresidente Primero del Ente Coordinador Regional surgido del Primer Congreso de Directores de Cultura del Gran Buenos Aires. Reconozco ahora que Urquía, en su conversación habitual, mencionaba su actuación

pública con esta misma parquedad del dato como yo lo escribo; las referencias y los detalles se circunscribían (y se reiteraban) al ámbito literario.

En esta década que va desde 1961 hasta 1971, la vida pública de Urquía es vertiginosa: a la par que coordina reuniones culturales en un bar de Tigre, “El gallo rojo”, los sábados después de las cuatro de la tarde, el libro que la inicia, “La cimbra”, recibe un premio por entonces muy prestigioso: la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, en 1961. Antes de 1972 la SADE tenía su sede en la calle México 524 de la Capital Federal, finca que hoy es conocida como la Casa del Escritor José Hernández; su domicilio posterior de la calle Uruguay 1371 (Casa Leopoldo Lugones) data de julio de 1972, adquirido durante la presidencia de Dardo Cúneo. Cuando Carlos recibió la Faja de Honor era presidente Carlos Alberto Erro y su sede estaba en la calle México.

Dos años después de que se celebraran los 160 años de la Independencia Argentina y se constituyera en el ámbito local una Comisión Oficial de festejos, Urquía inspiró y formó parte de la Sociedad Patriótica y Cultural “Amistad 25”, fundada el 25 de mayo de 1968 e integrada por veinticinco personalidades de la cultura sanfernandina. El ideal de la amistad que Carlos enarbolaba desde una década atrás, cuando nació la “Agrupación Amistad”, tomó ahora y con esta institución, un carácter más cívico y circunscripto al medio donde se desenvolvía. Esa agrupación, de la que hablé en el capítulo anterior, posiblemente sea la antecesora de “Amistad 25” de San Fernando, que aún existe y que preside el historiador y poeta Roberto César Carleo.

El nacimiento de “Amistad 25” consta en una noticia del diario

La Razón, de Capital Federal, la que con el título *“San Fernando. Entidad Vecinal”*, reseña: *“Con el objeto de colaborar con la solución de los problemas que afectan a esta localidad, se ha constituido una nueva entidad denominada Asociación Amistad 25, San Fernando, que integran las siguientes personas: Presidente: Luis A. García Olivera; Secretario: Carlos Enrique Urquía; Tesorero: Francisco I. Valencia; y vocales: Adolfo Arnoldi, Horacio Ambrosoni, monseñor Eugenio H. Pagliarani, Arthur Biondi, Luis J. Rosso, Juana M. de Antonini, Ismael Abadie, Enrique Burone Risso, Juan Ganen, Antonio Ghiotto, Domingo Giudicelli, Juan Haro, Alfredo López Martín, Jorge Marmolini, José A. Prado, Martín Ramírez de Cartagena, Domingo Spirito, Antonio Vaquer, Héctor Zappacosta, Carlos Dicchiara, Héctor Viola y Ángel Cepeda.”*

40 años de Poesía Argentina

1920-1960

Esta obra exhaustiva fue publicada en tres tomos, el primero es del 25 de enero de 1962, el segundo del 10 de mayo de 1963, y el tercero del 17 de junio de 1964. Lleva el sello editorial Aldaba y sólo el último tomo contiene una dedicatoria: “*A don Emilio de Matteis, incitador de este libro*”. En igual sentido, sólo el último volumen trae en sus dos solapas una noticia de cada autor: José Isaacson y Carlos Enrique Urquía; ambas están rubricadas por el mismo Emilio De Matteis, un escritor generoso, suscriptor magnánimo de la revista “Amistad” que dirigían los dos autores, y, posiblemente, uno de los más importantes benefactores que tuvo este emprendimiento literario. Ambas noticias en las solapas constituyeron una forma inteligente de no incluir a los autores entre los antologados del tercer tomo, como les hubiera correspondido.

Sé por Carlos y por su esposa Lydia que la casa familiar se convirtió en aquellos años en un archivo descomunal de publicaciones y correspondencia, cuya selección y distribución dentro de los escasos márgenes que ofrece cualquier libro fue prolija y metódicamente realizada por Isaacson y Urquía. Los tres tomos exhiben, bajo el título preliminar “Algunas acotaciones”, un excelente panorama crítico de la poesía argentina.

La rica bibliografía que acompaña el índice de cada tomo, los comentarios sobre cada poeta incluido, el breve análisis de sus inquietudes poéticas, y el enriquecimiento del horizonte que hasta entonces se tenía de los poetas argentinos, son notas apenas de

una obra seria, intensa y decisiva en nuestra literatura.

El primer tomo abarca desde 1920 hasta 1930, arranca con Leopoldo Lugones y se ordena -como los otros dos restantes- cronológicamente por la fecha de nacimiento de cada poeta antologado. La inclusión en cada uno de los períodos que comprende la obra fue realizada por la fecha de publicación del primer libro de cada poeta incluido. El segundo abarca desde 1930 hasta 1950, pero contiene una aclaración precisa: algunos de los poetas que comienzan a publicar entre 1945 y 1950 debieron ser pasados al tercer tomo porque la quinta década del siglo veinte se mostraba amplísima. El tercer tomo comprende desde 1950 hasta 1960 y, quizás por la inmediatez de los antólogos con los antologados o por la falta de perspectiva, advierte sobre posibles lagunas o aparentes olvidos. Este último tomo contiene una extensa nota de la llamada “promoción neohumanista”, que incluye a los dos autores de la antología entre una prometedora -y hoy famosa- lista de poetas que comienzan a publicar en la década del cincuenta.

Por los años en que conocí a Carlos ya no se trataba con José Isaacson y cuando se le preguntaba sobre su trabajo juntos simplemente decía que se habían distanciado sin hacer ningún hincapié en los motivos.

Urquía y el Delta Bonaerense

El remanso de las islas

Unos meses antes de aparecer el tercer libro de las islas, en mayo de 1971 se publicó este libro de la Subsecretaría de Cultura, dependiente del Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires, incluido en los Cuadernos del Instituto de Literatura. La selección estuvo a cargo de Fernando Alonso y pertenece a la Serie: “Nuestra Provincia”, Cuaderno N° 14.

Su contenido alterna entre poemas ya publicados en libros anteriores y poemas inéditos que se insertan en la vertiente isleña de su creación.

Las últimas páginas del volumen contienen las palabras del antólogo Fernando Alonso con el título “Urquía: Actitud y conducta poética”, el juicio sobre la obra de Urquía de Juan José Ceselli, publicada en el diario “Clarín” el 18 de octubre de 1962, y un reportaje de Alonso aparecido en el mismo diario, el 3 de marzo de 1969.

En este reportaje Carlos define el Delta del Paraná como *“un triángulo de follaje y agua, donde se respira una insospechada tranquilidad y estatismo frente a este arrollador Buenos Aires”*. Esta figura geométrica siempre tuvo una singular importancia para Urquía, y aparece en las primeras páginas de “Historia natural de la manzana”, publicado en 1993 y reeditado en 1995, con su forma, la palabra LIG y esta afirmación: *“El triángulo es la estrella más antigua, la del encuentro, la del amor”*.

Esta especie de desdoblamiento que Carlos sintió entre la vida

en la ciudad y la vida en las islas es una constante que le permitió abordar la poesía del paisaje delteño como hombre de ciudad y, a la inversa, abordar el paisaje urbano como isleño. En ambos casos logró lo que dice en su poema “La creación”, publicado en el libro “Monograma. Cuaderno contemporáneo”: *“El poema sigue creciendo / con la autoridad de la belleza. / Y no se sitúa en la inteligencia de los laboratorios / ni en los caminos cúbicos de la semilla / hace su visita en la vida caliente y liberada”*.

Rama Negra

El sino del poeta

El 31 de agosto de 1971 apareció el tercer libro de las islas, “Rama Negra”, ilustrado con xilografías originales de Ventura Valente, un reconocido artista plástico residente en Tigre y amigo de Carlos. Unos días antes, el 6 de agosto, Urquía había disertado en el Círculo de Periodistas de La Plata con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la provincia de Buenos Aires.

Este libro exhibe dos retratos dibujados de Urquía, uno es una carbonilla de Emilio Ángel Sirimarco (que ilustra la portada de este libro), y el otro, un perfil de Raúl Shurgin fechado en 1959 con la dedicatoria: *“A Carlos Enrique Urquía con otro apretón de manos”*. El libro está dedicado a San Fernando y a sus amigos. Las solapas del volumen traen un comentario crítico de Anselmo Leoz, quien concluye: *“La lectura de los trabajos revela que Urquía no improvisa los libros, los planifica. Por ello se advierte que hay en ellos unidad. Aparte de tener un clima, no sólo temático sino también poético, parecería que todos los poemas se hubiesen escrito simultáneamente, en una misma inspiración. En cuanto a la parte técnica entendemos que se ha renovado con relación a los libros anteriores sobre la misma temática, “Amistad en las islas” y “La cimbra”. Creemos que dicha renovación consiste en que las imágenes creadas son más sólidas, más objetivas, menos barrocas, algo así como un regreso, en cierto modo, a un clasicismo que se muestra con mayores y más afortunadas síntesis”*.

Pero la singular importancia de este libro radica en la

definición que el autor realiza en las primeras páginas, a la que considero un antecedente ilustre de su “Declaración Jurada” aparecida en “Palabra de honor” publicado ese mismo año. La definición dice así: *“Nadie más inscripto en el mundo que el poeta, que no ha llegado a él para ajusticiar, ni socializar, ni reivindicar, ni enamorar, ni musicar, ni misticismar, ni corregir, ni hermosear, ni rimar, ni usucapir, ni filosofar, ni sufrir, ni hacer de enfermero, como todavía creen algunos ingenuos teorizadores que no saben de qué se trata. El poeta está en la vida para felicidar (dar felicidad) con los objetos de arte que para eso crea (poemas), con un lenguaje (no pensamiento) distinto al de los que no lo son, con un material solo y único (la palabra), y con una técnica propia y solamente de él, ancestral y eterna: la poesía”*.

La relación con el padre del creacionismo poético, Vicente Huidobro, ahora es evidente, basta considerar un concepto esencial de Huidobro: *“cada parte constitutiva (del poema) y todo el conjunto presentan un hecho nuevo independiente del mundo externo, desligado de toda otra realidad que él mismo”*, y en su imperativo poético: *“¿Por qué no cantáis la rosa, oh poetas? ¡Hacedla florecer en el poema!”*, para entender la definición transcripta.

Anselmo Leoz, en su comentario incluido en las solapas, realiza una perfecta síntesis del creacionismo de Urquía: *“Los elementos con que construye sus poemas no son descripciones de la realidad, son inventados por él. Es decir, lo que el poeta quiere no es que el lector vea el objeto a través del poema, sino que se quede en el poema, que tenga una vivencia del objeto poético (el objeto real no interesa)”*.

Más allá de su técnica, “Rama Negra” se inspira y recrea un relato oral que recogió Carlos: *“Sin convicción, un isleño nos dijo que en esa casilla vivió una familia poco numerosa, muy castigada por las crecientes y que, seguramente, la abandonó en una de las últimas. Que entonces el agua estuvo muy alta y que él parecía de Buenos Aires. Quizá, como desaparecieron de pronto, se habrían ahogado. Si esta última conjetura encerrara toda la verdad de un drama silencioso, el río los tendrá guardados en sus inviolables orígenes” (Islas del Delta del Paraná, 1971).*

Un poco antes de la aparición de este libro, Urquía había publicado en la sección literaria del diario “Clarín”, el 3 de diciembre de 1970, su “Historia de barcos”, en la que narra el hundimiento del arenero “Bern” en el Paraná de Palmas una noche de 1960.

Cuando leí por primera vez este artículo de Carlos no me imaginaba que muchos años después conocería a Nora Medan, la hija del único tripulante fallecido en la tragedia. En una cena con amigos escritores en el 2009, de la que participé, Nora comentó el hecho y mencionó al “Bern” sin saber que se trataba de una abreviatura del apellido Bernasconi. Yo le hablé del artículo y ella me contó sobre la amistad de Urquía con su tío, “Teté” Medan, uno de los propietarios del barco desaparecido. Todos los pormenores que Carlos relata como si se tratara de un cuento verídico, posiblemente los haya conocido a través del tío de Nora Medan; recién cuando la conocí a ella me di cuenta del relieve que tuvo esta noticia en San Fernando y de lo fidedigno que fue Urquía en su narración.

La temática delteña define la poesía de Carlos, y de ello da

cuenta un meduloso artículo aparecido el sábado 23 de octubre de 1971 en el periódico "El Comercio", firmado por Héctor Adolfo Cordero. Este autor, de enorme prestigio en San Fernando, considerado uno de los grandes historiadores que tuvo este pueblo, fue prolífico y enciclopédico. El 29 de julio de 1974 el periódico "Fomento" hizo una crónica del homenaje que la Peña Evocativa del Club La Guardia Vieja (en la que habló don Alfonso Yasnig) realizó a los escritores sanfernandinos Atilio Betti, Carlos E. Urquía y Héctor A. Cordero, *"por la brillante actuación intelectual de los homenajeados"*.

El artículo de Cordero se titula *"De Lavarden a Urquía"*, y luego de trazar un paralelismo entre el autor de "Oda al Paraná", pasando por la prosa de Marcos Sastre y "El Tempe Argentino", y la reciente poesía de "Rama Negra", señala: *"Carlos Enrique Urquía vuelve a las islas. Lo hace con la misma devoción que aquellos que lo antecedieron, pero en su tiempo. Digamos, mejor, que regresa de las islas y llega cargado de todo lo que en ellas palpita y tiene color y tiene vida, y nos lo muestra con un lenguaje cada vez más claro"*.

La revista "Para Ti", el 1º de noviembre de 1971, comentó el libro: *"en donde la poesía encuentra la expresión auténtica que le corresponde: alta, clara y profunda"*.

"Rama Negra" figuró en la lista de los mejores libros de 1971 que realizaba el suplemento cultural del diario "Clarín", entre "Los viernes de la eternidad" de María Granata, "Mundo animal" de Antonio Di Benedetto, y "La veleta y la antena" de Raúl González Tuñón, entre otros. El mismo diario de la Capital Federal, el 16 de diciembre de 1971, publicó una nota de Urquía, en la que el poeta hace un balance del año que está por terminar y concluye: *"La*

perspectiva para 1972 no ofrece, aparentemente, mayores novedades, aunque ya se va notando que el argentino está aprendiendo a pensar con su propia cabeza, exigiendo una filosofía que atienda a las esencias de la justicia social y de la libertad de creación”.

Urquía presentó *“Rama Negra”* en el Ateneo Popular Esteban Echeverría de San Fernando el 20 de mayo de 1972, un año antes y un día después de la fundación de la Filial Delta de la Sociedad Argentina de Escritores.

La segunda edición de este libro fue realizada por Ediciones Ocruxaves en julio de 1989. El prólogo está firmado por Carlos Alberto Débole, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores desde 1984 hasta 1987, quien sostiene: *“Podemos afirmar que Rama Negra, ese río excitante, tiene ahora y para siempre tres orillas: dos de junco y barro, otra de Urquía”*. El libro consta de una inscripción que no tenía la primera edición: “Lalo”, como silencioso tributo del autor a su hermano recientemente fallecido.

Palabra de honor

Las convicciones íntimas

En 1971, en una fecha que el libro no precisa, apareció este título editado por “Papeles de Buenos Aires” en su colección “La pluma y la palabra”. No se trata, en rigor, de un libro propiamente dicho, sino de una carpeta con hojas sueltas de distintos colores, ensobradas en una guarda de cartulina. El director de la editorial era Roberto Jorge Santoro, un poeta nacido en Buenos Aires el 17 de abril de 1939 y desaparecido en los primeros años de la dictadura militar que tuvo la Argentina a partir del 24 de marzo de 1976. Carlos solía contarme que a Santoro lo habían arrojado al Río de la Plata desde un avión, semidormido por algún fármaco y con una piedra atada al cuello. También, cómo lo había conocido con ropa de marinero cuando estaba haciendo el servicio militar obligatorio en la marina y se presentó en su casa de Virreyes, con sus libros bajo el brazo. Santoro no figura en la antología “40 años de poesía argentina” porque su primer libro, “Oficio desesperado”, data de 1962.

Con “Palabra de Honor”, es posible hablar de las convicciones políticas y sociales de Carlos.

Urquía era esencialmente humanista y un ferviente defensor de la dignidad humana; su militancia en el partido Radical dependía de estas consignas, porque él no toleraba el menoscabo de ninguno de los derechos esenciales del ser humano. Además, tenía una honda fe democrática y un decidido fervor cívico. Sin embargo, por razones filosóficas que se hunden en la esencia del arte mismo, no

adscribía a la literatura de compromiso social y descreía de la poesía ideológicamente comprometida; condenaba la opresión, cualquier forma de exclusión, sometimiento y destrucción del ser humano, y compartía los desvelos de quienes querían una sociedad más justa, pero reconocía la sola soberanía de la palabra poética, en tanto que se trata de un artificio creado por el hombre para producir belleza.

En un artículo aparecido en el diario “Clarín” de mayo de 1970, titulado “El poeta frente a la pasión del fútbol y el tango”, Urquía revela sus intereses sociales: *“Lo popular es quizás lo único que me interesa. Lo siento cuando proviene de cualquier lugar del mundo y de cualquier lugar del país, y pienso que lo que no es popular es falso”*.

La publicación consta de los poemas “La herida del tango”, “Tango del perro”, “La mina”, “Los dos pies en el tango” y “Quinquela Martín”, y de la Declaración Jurada que ya mencioné en el capítulo anterior, la que dice: *“1.- Luchar contra la realidad, vencerla, salir victorioso. 2.- Para que el hombre se convierta en hombre y para que la belleza llegue a ser la palabra de los hermanos. 3.- La poesía no debe rendirse ante las cosas, ante el pensamiento, ante las ideas, ante la justicia ni el amor, ante la verdad y la redención. Cuando todo eso se entregue a ella como un viejo ejército oxidado, el hombre será poeta. 4.- El poeta debe estar de parte de los pobres, de los esclavizados, de los reprimidos, de los traicionados, debe defender heroicamente la fórmula del pan y la fórmula del amor. Pero, pobre de él si espera ser poeta por tales supremas actitudes. Deberá saber que no se trata de tener razón sino de tener poema. (subrayado en el original) 5.- Tal es la misión*

de los descendientes de Homero”.

Esta Declaración Jurada va a ser nuevamente resumida por el autor en su siguiente libro de 1974, “Sujeto y Predicado”, en el que también se incluyen algunos de los poemas publicados en “Palabra de Honor”

Hacia mediados de 1974, Carlos comienza a dirigir la sección literaria de la Revista Jurídica de San Isidro, publicada por el Colegio de Abogados local. Dicha sección se llama “Hombre 1974”. En ella da a conocer su cuento “Sale el sol, se pone el sol”, contrapunto entre un hombre y un gallo al que llama “bicuento”⁴. Pero quizás lo singular de esta publicación resida en la brevísima exposición que abre la sección y donde Urquía se pronuncia sobre el cuento: *“La literatura es el signo lingüístico con que la humanidad designa al mundo. Se ocupa esencialmente de la vida de la persona humana y es ella quien la crea y ella quien la consume. Absurdo sería entonces pensar que fuera cosa privada de los literatos. El cuento - que es todo literatura- es un signo particular dentro del gran signo de la lengua, y a él han dedicado su tiempo los escritores más inteligentes y sentidores. Posee, pues, la síntesis del punto y la universalidad del oxígeno”*. Fechada en San Fernando, en julio de 1974, representa la idea que Carlos tenía acerca del cuento, género literario que, como es sabido, no cultivó.

En cuanto a su actuación pública y como Carlos E. Urquía se encontraba en los años más activos de su madurez, trataré de destacar los hitos trascendentes de su abultada biografía.

Participa activamente en el programa televisivo “Territorio de los Escritores”, espectáculo periodístico y literario que en 1973

⁴ Este cuento integró la obra “Textos escogidos de la literatura de San Fernando. Cuentos”, que en 2009 presentamos en el palacio Sans Souci junto con Alejandra Murcho.

obtuvo un premio “Martín Fierro” de A.P.T.R.A. (Asociación de Periodistas de la Televisión y Radiofonías Argentinas) por considerarlo el mejor ciclo cultural de la televisión argentina.

También integra la Casa de Cultura Americana como su representante en San Fernando. El 20 julio de 1973 el diario “La Verdad” de Acapulco, México, anuncia la disertación que ese mismo día a las 21, pronunciará Urquía en la sede de la institución recién arribado de los Estados Unidos de Norte América. Carlos estuvo en Acapulco desde el viernes 21 hasta el domingo 23. Otro tanto hacen los periódicos mexicanos “Trópico”, “Novedades de Acapulco”, “Diario del Pacífico”, “Diario de Acapulco” y “Avance”. En una carta fechada en Glendale, California, el 24 de agosto de 1973, y firmada por Vicente Nápoli, presidente de Glemar International Co., se destaca la presencia de Carlos E. Urquía en los Estados Unidos de Norte América con el auspicio y la financiación de dicha corporación; asimismo, se refiere que el poeta argentino estuvo de visita en dicho país por cuarenta y cinco días, “en viaje de cultura e intercambio humanístico”, y que ese día, 24 de agosto de 1973, disertó sobre “El tango argentino” en 576 South St., ante un grupo de amigos e invitados de la colonia argentina. La firma norteamericana informa en dicha misiva que llevó al intelectual argentino hasta Washington y Nueva York, en una gira de dieciséis días.

El 29 de junio de 1974 es agasajado junto a Atilio Betti y Héctor Adolfo Cordero en el Club La Guardia Vieja, de San Fernando, según lo acoté en el capítulo anterior. Este homenaje fue un merecido reconocimiento de vecinos caracterizados de la localidad a los tres intelectuales más destacados que dio la historia

sanfernandina, y en tres disciplinas con las que alcanzaron proyección nacional: Atilio Betti en la dramaturgia, Héctor Adolfo Cordero en la historia, y Carlos Enrique Urquía en la poesía. Hizo uso de la palabra el Sr. Alfonso Yasnig.

Pero un año y un mes antes, en mayo de 1973, se produce un hito decisivo en la vida de Urquía: la fundación de la filial delteña de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE).

Sociedad Argentina de Escritores (S.A.D.E.)

Filial Delta Bonaerense

El legado

Alguna vez me contó Urquía que viajando por un río del Delta del Paraná con el poeta Nicandro Pereyra⁵, éste le “sopló” la idea de fundar en San Fernando una filial de la Sociedad Argentina de Escritores. La idea lo entusiasmó y se la transmitió a Héctor Prado, a Francisco Vázquez y a Tomás Scusceria Muffatti. La fecha de la fundación fue el 19 de mayo de 1973, sesenta y siete años después de la muerte del poeta cubano José Martí, en la Biblioteca Popular “Juan N. Madero” de San Fernando.

El diario La Nación, en su edición del 16 de mayo de 1973, informaba: *“El 19 del actual, se realizará en la Biblioteca y Museo Popular Juan N. Madero, en adhesión a los festejos de su centenario, el acto de creación de SADELTA (Sociedad Argentina de Escritores Filial Delta) por gestiones de un grupo de escritores sanfernandinos que agrupa a colegas del área entre Vicente López y San Nicolás, y las islas del Delta del Paraná, incluyendo a General Sarmiento. A las*

⁵ Nicandro Pereyra (1911-2001). Poeta y escritor nacido en la provincia de Santiago del Estero y fallecido en Buenos Aires, Capital Federal. Residió en Tucumán desde 1919 hasta 1946. Estudiante regular de abogacía y estudiante libre de letras en la Universidad Nacional de Tucumán. Contador público nacional, se doctoró en ciencias económicas en 1969. Integró el grupo La Carpa de escritores y artistas del noroeste en la década del 40. Fue delegado de la SADE filial Tucumán y miembro de la comisión directiva de la misma institución en la sede central de Buenos Aires (1973-1975). Dijo José Ignacio García Hamilton: *“Acaso se están cumpliendo ya la profecía y el augurio que vislumbró el santafesino José Pedroni [...] para presuntuoso regocijo de su noble destinatario: 'Este Nicandro Pereyra/ flauta del cañaverál,/ que al río tiró el puñal/ para no ser un Moreyra,/ también perderá el Pereyra,/ cuando venga el viento y barra/ lo que es basura de parra:/ apellidos, leyes, penas./ Se llamará Juan apenas/ y viajará con guitarra.”*. Autor de: *“Poemas simples”, “Coplas del cañaverál”, “Esther judía”, “Apuntes con rocío de Buenos Aires” y “Madrigal azucena”, entre otros libros de poesías.*

18,30 de ese día se reunirán autoridades municipales, representantes de la SADE y de entidades de bien público e invitados frente a la que fue la casa del escritor Marcos Sastre, Libertador 964, de donde en comitiva se dirigirán hasta la Biblioteca, en la que tendrá lugar el acto, con una disertación del presidente de la SADE, señor Dardo Cúneo, y la firma del acta de su creación. Actuará como coordinador el escritor Carlos Enrique Urquía. La participación en el acto será libre y éste cuenta con el auspicio de la Dirección de Relaciones Públicas y Cultura de la Municipalidad y de la Sociedad Patriótica y Cultural Amistad 25". Este mismo diario, el 19 de mayo de 1973, en su Sección Culturales, reseñaba: *"La Sociedad Argentina de Escritores de la zona de San Fernando se constituirá en la Biblioteca Juan N. Madero, de Constitución 622. El acto se iniciará a las 19 y hablará Dardo Cúneo sobre "El escritor y su época".* Similar información brindaban "El Comercio" (edición del 19 de mayo de 1973), "Sol del Plata" (edición del 15 de mayo de 1973), y "El Municipio" (edición del 8 de mayo de 1973)

El acta de fundación fue suscripta ese mismo día por Urquía, Scusceria, Vázquez y Prado, y a continuación por el presidente de S.A.D.E. Central, Dardo Cúneo, quien terminaba su mandato ese mismo año, Nicandro Pereyra, integrante de la Comisión Directiva de la Casa Central, y por quienes se consideró cofundadores de la entidad: Alicia de la Fuente, Ramón Melero García, Alberto Gilardoni, Luis García Olivera, Benito Furman, Enrique Burone Risso, Lorenzo M. Guedes, Horacio y Hernán Castilla Sastre, Felipe Tolosa, Ricardo Vivanco, Juan Luis y Lucio A. Graham, Juan Haro, Sara de Chafuen, Ventura Valente, Adolfo Arnoldi, María Teresa Bertero,

Eduardo Cúneo, Carlos Dichiara, Eduardo Leúnda Moya, Elsa Casale de Ipuche, Silvano Silva, Andrew Graham-Yooll, Mónica Furman⁶, Arthur Biondi, Ariel Canzani, Jorge Caldas Villar, Néstor Coppes, René Orgüela, Ana M. Basci, Jorge R. Urcola, Armando Secondo, Raquel Susana de Baratta, Arturo Corino, Roberto Scheine, A. Belliera, Horacio Vázquez, Zulema Medeot, Alejo Woronzow Weliaminow, y las esposas de los asistentes que se encontraban presentes.

Carlos E. Urquía fue el socio número uno de la flamante entidad, y como ya era socio de la Casa Central (Nº 2631) su inscripción figuró como un pase.

La denominación original de la entidad fue SADELTA y abarcaba los partidos de Vicente López, San Isidro, San Fernando, Tigre, General Sarmiento, Escobar, Zárate, Campana, San Pedro, Baradero, Ramallo, San Nicolás y el Delta del Paraná. Hoy esa extensa zona de influencia se restringió a Vicente López, San Isidro, San Fernando y Tigre.

La Asamblea General Constitutiva se realizó el 30 de junio de 1973. El entonces presidente de la Biblioteca "Juan N. Madero", Alberto I. Gilardoni, ofreció esa casa para que sirviera de sede de la flamante institución. Se eligió una comisión directiva provisional, cuya mesa ejecutiva estaba integrada por Carlos Enrique Urquía como presidente, Jorge Caldas Villar como vicepresidente, Francisco Vázquez como secretario y Héctor Prado como tesorero. La primera reunión ordinaria de la Comisión Directiva Provisional se celebró el 22 de julio de 1973, pero como Urquía se encontraba de viaje por los Estados Unidos de Norteamérica ejerció la presidencia Jorge

⁶ Mónica Aída Furman es la única socia fundadora que continúa asistiendo a las reuniones dominicales, los primeros domingos de cada mes, en la Biblioteca Madero. Por decisión de los socios, se la nombró socia honoraria de la entidad.

Caldas Villar. Ese año asumió la presidencia de S.A.D.E. Central María de Villarino y la nueva comisión directiva objetó los estatutos de Sadelta por esta denominación. El nombre definitivo de la institución fue S.A.D.E. Filial Delta, posteriormente cambiado a Seccional por los estatutos de S.A.D.E. Central.

El primer acto público de la entidad se realizó el sábado 15 de junio de 1974, a las once de la mañana, en el recreo “El Tropezón”, ubicado en el Paraná de las Palmas y Canal de la Serna, islas del partido de San Fernando. Ese año se celebraba el centenario del nacimiento de Leopoldo Lugones, quien se había suicidado en el recreo “El Tropezón” el 18 de febrero de 1938. El 13 de junio, reconocido como el Día del Escritor, conmemora el nacimiento de Lugones. En el acto se descubrieron dos placas, una de “Amistad 25” y otra del Club de Leones de San Fernando, se dejó una ofrenda floral de la Comisión Oficial de Festejos de la Municipalidad de San Fernando y habló Carlos E. Urquía. Una radiofoto de Noticias Argentinas para el diario “El Liberal” del 16 de junio de 1974 muestra a Urquía hablando frente a la concurrencia (36 personas). Unos días antes, el 7 de julio, en la reunión de la Comisión Directiva Provisional se encomendó a Carlos para que transmitiera al Intendente Municipal de San Fernando el pésame de la institución por el fallecimiento del presidente de la Nación, Teniente General Juan Domingo Perón.

El 9 de noviembre de 1975 se llevó a cabo la primera Asamblea General Ordinaria; en ella se aprobaron los estatutos definitivos y se eligió a la Comisión Directiva, integrada por Carlos E. Urquía (presidente), Armando Díaz Colodrero (vicepresidente), Alicia de la Fuente (secretaria), Juan Carlos Gatell (prosecretario),

Mónica Furman (secretaria de actas), Juan Lowazensky (secretario de prensa y difusión), Alberto Gilardoni (tesorero), Ada Hernandez de Areal (protesorera), Alejo Woronzow Weliaminow (primer vocal), Eduardo Leúnda Moya (segundo vocal), Juan Fiel Martinez y Elvira Fontana (vocales suplentes), y Silvano Silva y García Olivera (revisores de cuentas).

Con el alejamiento por diversos motivos de los escritores que acompañaron a Urquía en la fundación (Tomás Scuseria, Francisco Vázquez y Héctor Prado), Carlos asumió una dedicación exclusiva a la entidad y desde entonces fue presidente en períodos sucesivos hasta su muerte, con la única excepción de las presidencias de Alberto I. Gilardoni y Azucena Penelli Bianchi, cuyos mandatos duraron los dos años que prescribe el estatuto. De esta forma, el prestigio y el reconocimiento que tenía Urquía como poeta se trasladó a S.A.D.E. Delta, hasta el punto de que se identificara a la institución con su presidente y ésta pasara a ser la S.A.D.E. de Carlos Enrique Urquía. En la casa central, en las distintas filiales del país y en otros ámbitos literarios y culturales era inevitable la mención de Urquía cuando se hablaba de S.A.D.E. Delta.

Y como era lógico que sucediera en treinta años, la Filial adquirió el carácter de Urquía, un carácter forjado en la docencia, la amistad, el honor de la palabra y el valor de la escritura, el humanismo y el respeto de todas las ideas y creencias.

En la reunión del domingo 5 de agosto de 1979, Urquía propuso que una calle de San Fernando se llamara “Calle de los Escritores”. La iniciativa se concretó aunque con modificaciones; sobre la calle Constitución, frente a la Biblioteca “Juan N. Madero”, un cartel de generosas dimensiones señala que ahí se encuentra la

“Cuadra de los Escritores”.

Carlos Enrique Urquía falleció a principios del año en que la Filial Delta de la S.A.D.E. cumplía treinta años. La entidad colocó una placa en su honor en la sala Marcos Sastre de la Biblioteca Juan N. Madero de San Fernando, y su presidente Don Roque García renovó en la ocasión aquella invitación de Alberto I. Gilardoni para que la Biblioteca continuara siendo la sede natural de S.A.D.E. Delta.

El 31 de julio de 1987, como columnista del periódico “Prensa Chica”, publiqué un artículo que se titulaba *“La Sociedad Argentina de Escritores de la Zona Norte”: “Hilvanadores de la descentralización en el quehacer literario, del genuino y bien entendido localismo, ya que como dice Octavio Paz “cada tierra es una sociedad, un mundo y una visión del mundo y del trasmundo”, este puñado de escritores bregó para que el crédito cultural de una región no se perdiera en la voracidad de la Capital Federal. El centralismo mucha veces niega que el paisaje cotidiano -como escribiera otro autor contemporáneo, R. Kush- sea el símbolo más profundo en el cual hacemos pie, como si se tratara de una especie de escritura con la que cada habitante de cada región escribe en grande su pequeña vida”.*

En la primera quincena de junio de 1987, el periódico local “San Fernando y Tigre Hoy”, con el título “SADE Filial Delta - Homenaje a Alfonsina Storni”, publicó una completa nota de uno de los actos más brillantes que tuvo la Filial. *“La plazoleta Alfonsina Storni, ubicada en las cercanías de la estación Punta Chica, fue escenario el sábado 30 de mayo de un encuentro de escritores y amigos de la cultura convocado por SADE Filial Delta con los*

auspicios de la Dirección de Cultura de la Municipalidad de San Fernando. Se inició el acto con palabras del presidente de SADE Filial Delta profesor Carlos Urquía, quien agradeció la presencia de autoridades locales y representantes de instituciones de la ciudad. Colocaron sendas ofrendas florales por la entidad organizadora los escritores Hugo Boulocq y Luisa Erminda Lafranconi, la Sra. de Haugt de la colectividad germano suiza y por la Municipalidad local el Secretario de Gobierno Sr. Artemio Castellari y el Director del Instituto Municipal de Bellas Artes don Juan Merello. Correspondió al Sr. Castellari hacer uso de la palabra en primer término y expresó que asistía en representación del Intendente Municipal don Alfredo Viviant, cuyo saludo transmitía a los presentes, y que era una satisfacción para la comuna participar de los acontecimientos culturales que se gestaron en la zona y como en este caso el homenaje a una de las figuras de las letras argentinas que trascendió nuestras fronteras. La artista plástica y escritora Azucena Penelli Bianchi habló en nombre de SADE Filial Delta y destacó los valores intelectuales, artísticos y humanos de la poetisa que nació en un cantón suizo el 29 de mayo de 1892 y llegara a nuestro país contando pocos años. A 95 años de su nacimiento su nombre es brillo y resonancia y sus páginas son latidos y sonoridad. Terminó el acto con la lectura del poema de Alfonsina Storni "A volar" a cargo de la directora del Instituto de Arte Enrique T. Susini, señora Azucena Fontán. Estaban presentes en representación de la Asociación de Maestros de la Provincia de Buenos Aires, el Sr. Héctor Zappacosta, por el Instituto Moreniano y Sanmartiniano el Sr. Darío Luciano, por las tertulias Domingos Culturales la escritora Raquel Vivas, por el Círculo de escritores sanfernandinos el Sr.

Héctor Lino y por el Instituto Enrique T. Susini el Sr. Jorge Suárez”.

Después del acto fuimos a comer un locro exquisito en la casa de Raquel Vivas, la que por entonces vivía en la calle Ingeniero White de Punta Chica.



Fotografía de los socios de S.A.D.E. Delta en la Biblioteca Madero, celebrando un fin de año en la década del noventa.

Carlos Enrique Urquía está en el centro, entre Mónica Furman y Eduardo Leúnda Moya.

Sujeto y Predicado

Los cuestionamientos

El 18 de diciembre de 1974 se publicó éste, el tercer libro de poesía de la vertiente ciudadana de Carlos Enrique Urquía. Fue publicado por Américalee y está ilustrado con xilografías originales de Ventura Valente. Tiene un prólogo de Roberto Santoro, titulado “Pre-Texto”, y está dedicado a sus hermanos Nélide, Matilde, Noemí, Beto, Lalo y Nelly. Su epígrafe inicial dice: *“Luchar contra la realidad / vencerla / salir victorioso. // Para que el hombre se convierta en hombre / y la belleza sea más justa”*. Este concepto recrea por primera vez en la obra de Urquía la sentencia que Max Bense escribió en su “Estética”: “La belleza supera la realidad”. El libro está dividido en cinco partes que se titulan: “Partida de nacimiento (libro de las riquezas)”, “La vivlia (la vida vivida - libro de los tangos)”, “Primavera corregida (libro de las actas)”, “Áreas cultivadas (libro de los mosaicos)” y “Supermercado (libro de las proposiciones)”.

Dos de esas partes, “Primavera corregida” y “Áreas cultivadas”, están escritos en prosa poética y exhiben las preocupaciones existenciales del poeta maduro que asevera: *“Estoy por creer que todo lo que pasa siempre es primero. Quizá, acabo de fundarme”*. Son poemas que anticipan el horizonte de la vejez (Carlos tiene ahora 53 años) y trece años de silencio que abarcan desde 1974 hasta 1987, en que aparecerá el cuarto libro de poesía ciudadana. Este período coincide con la época oscura del gobierno militar que destituyó a María Estela Martínez de Perón en 1976 y

que duró hasta el advenimiento de la democracia en 1983. Urquía siguió publicando en el suplemento “Cultura y Nación” del diario Clarín; en 1978 apareció el artículo “De Sor Juana a Alfonsina” y en 1979 “El tango del cuerpo”, del que ya hablé en un capítulo anterior.

Una frase de “Sujeto y Predicado” resume este tiempo de silencio e incertidumbre: *“Ando solo llevando a yo de la mano”*.

El 7 de junio de 1983, el Departamento Ejecutivo de la Municipalidad de San Fernando, en una nota firmada por el Secretario de Gobierno Dr. Alfredo Cogorno, le comunica a Urquía que fue designado miembro titular de la Comisión de Asuntos Históricos de la Municipalidad. El Decreto que lo establece es el 8824/73, el que refiere “las reuniones convocadas por el titular del Departamento Ejecutivo para estudiar la posibilidad de integrar nuevamente la Comisión de Asuntos Históricos de la Municipalidad de San Fernando que fuera creada por Decreto Nº 4672 del 16 de junio de 1967”, y que “Como conclusión destacable quedó firme el propósito de integrar nuevamente la Comisión, y que funcione con relación directa de la Municipalidad de San Fernando, a través de la Secretaría de Gobierno”. Los miembros titulares eran: Sr. Darío Luciano, Sr. Luis García Olivera, Dr. Alberto Leiva, Sr. G. Rositer Allen, Sr. Augusto Vilgré Lamadrid, Sr. Carlos Enrique Urquía y Sr. Juan José Castría. Los miembros suplentes eran: Dr. Enrique Burone Risso, Escribano Alberto Madero, Sr. R. Melero García y Sr. Alberto Prim. El secretario era el Sr. Alvar Ismael Beliera.

La primera reunión de esta Comisión se llevó a cabo en junio de 1983.

Como el Decreto estaba firmado por el intendente de facto, el

arquitecto Rodolfo N. Fregonese, con el advenimiento de la democracia y de las nuevas autoridades elegidas democráticamente, esta Comisión se deshizo y dio nacimiento al aún vigente Instituto de Estudios Históricos de San Fernando de Buena Vista, que tiene su sede en la Biblioteca Juan N. Madero. Los integrantes de aquella Comisión pasaron a ser miembros de número del Instituto y dieron a conocer sus trabajos de investigación histórica en un Boletín que se publicó hacia fines de la década del ochenta. En él, Carlos publicó una crónica de las riñas de gallos en San Fernando.

Unos años más adelante, el conocido historiador Enrique de Gandía lo incorporó como miembro de número del Instituto de Historia que él había creado. Recuerdo haber visto la carta donde se lo comunicaba y la sincera emoción que tenía Carlos por ese reconocimiento que lo honraba.

Primavera Corregida

libro de las actas

Antes de la aparición de “Cinco textos de amor y una canción trasapelada” y “Monograma. Cuaderno contemporáneo”, en 1987, lo conocí a Carlos a través de una carta que envié a la S.A.D.E. a la Biblioteca Madero. Acababa de mudarme a San Fernando y como dirigía la revista literaria Ocruxaves quise ponerme en contacto con los escritores de la zona. Recuerdo que un domingo del invierno de 1985 al mediodía, Carlos me llamó por teléfono; tenía una voz fresca y un trato campechano y abierto; me tuteó de entrada y me invitó a su casa, que quedaba a unas nueve cuadras de la mía, en la calle Plumerillo (hoy Italia), de la localidad de Virreyes, partido de San Fernando. Lo visité al día siguiente y hablamos de todas las inquietudes y referencias que nos permitieran conocernos. Carlos era franco y frontal, muy buen conversador, de voz firme y clara, tenía la mirada segura y el semblante animado por la charla de los temas que lo apasionaban. Cuando hablaba de literatura se le notaba el entusiasmo. Conocí a Lidia, su esposa, una mujer menuda y bien arreglada, con el rostro rozagante, que se mostraba solícita por atender y cuidar de Carlos, y regresé con ejemplares de sus libros dedicados a mi esposa Mónica y a mí. Quedamos en que iría a la próxima reunión de la S.A.D.E. el primer domingo del mes siguiente.

En los días previos a la reunión leí con verdadero placer y deleite “Sujeto y Predicado”; me maravillé de encontrar en su prosa poética una calidad más alta que la que se publicaba en las revistas

literarias del momento, y gracias a esas lecturas fui tejiendo una idea que luego concretaría firmemente: editar libros con el mismo nombre de mi revista literaria.

El primer libro que publiqué con el sello editorial Ocruxaves fue “Primavera corregida - libro de las actas”, el que apareció en 1986, cerca del fin de año. En 1993 hicimos con Carlos una reedición de este libro. Este método lo seguimos utilizando en los siguientes libros: yo sacaba la cuenta de los costos y los dos contribuíamos con la mitad de la edición.

En el prólogo expresé que las palabras no son suficientes para nombrar el espacio donde la poesía nos alcanza, y que *“aquel espacio se resiste a los razonamientos temporales y a las justificaciones ensayadas; sólo existe en nosotros como una llama que crece y se desboca ante lo bello, ante lo que sentimos, de una vez y para siempre, incomparable”*.

“Primavera corregida -libro de las actas” es un libro que se formó con un capítulo de “Sujeto y Predicado”, no tiene numeración de páginas, sino que sigue la numeración de los diecinueve poemas en prosa que integran ese capítulo. Se compone de dieciséis páginas.

Asistí a la siguiente reunión de la S.A.D.E. Delta y en el imponente salón principal de la Biblioteca Juan N. Madero conocí a quienes frecuentaría con asiduidad en los años venideros: Eduardo Leúnda Moya, Azucena Penelli Bianchi, Alicia de la Fuente, Mónica Furman, Azucena Fontán, Beba Gilardoni, la esposa de Alberto que había fallecido hacía muy poco tiempo, Juan Carlos Gatell y su esposa Pepita, a los que más tarde se sumarían Liliana Doyle, que hoy preside la S.A.D.E. Delta, Raquel Vivas, el matrimonio

Carricondo, Luisa Erminda Lafranconi, Bocha Gallo, María Esther Girau, Rubens Miró, Raúl León Bustos, Darío Luciano, Alberto Renis, Nora Larrandart, Lidia Campostano, entre tantos otros que concurrieron a las reuniones de la Biblioteca Madero los primeros domingos de cada mes, a las diez de la mañana.

Después de la primera edición de “Primavera corregida”, Urquía me presentó al escribano Francisco Vázquez. Recuerdo que Carlos iba a dar una conferencia en los salones de una conocida agencia de automóviles de Tigre y que Vázquez lo presentaría. Luego del acto conocí a este magnífico novelista que había formado parte del cuarteto que fundó la S.A.D.E. Delta Bonaerense, un escritor por el que Urquía tenía un gran respeto y admiración y a quien le publiqué con el apoyo del Fondo Nacional de las Artes su excelente novela “El Rabadán”. A través de Francisco “Pancho” Vázquez conocí a Tomas Scuseria Muffatti, otro de los integrantes de aquel cuarteto fundacional, quien había dirigido la revista “San Fernando en la Poesía”. A Héctor Prado, el otro fundador de S.A.D.E. Delta, lo conocí en la S.A.D.E. de la calle Uruguay. Héctor falleció cinco años después que Urquía y recuerdo que tenía un altísimo concepto de la poesía de Carlos, a quien consideraba el mejor poeta de San Fernando. A Prado le publiqué un libro de poesía “Un mágico caudal”, que fue muy bien acogido por sus lectores.

Reconozco ahora, después de tantos años, que Carlos tuvo la enorme delicadeza de incluir entre sus libros editados a “Primavera corregida - libro de las actas”, ya que en realidad fue un cuadernillo de pocas páginas, aunque su contenido es contundente y representa un punto sobresaliente de la prosa poética de Carlos E. Urquía.

Cinco textos de amor y una canción traspapelada

Este librito se publicó por primera vez en abril de 1987 y se reeditó en septiembre de 1993, lleva el sello de Ediciones Ocruxaves (Colección del Pelicano) y contiene una caricatura de Urquía realizada en 1978 por Hermenegildo Sabat para el diario Clarín.

El título parafrasea los “Veinte poemas de amor y una canción desesperada” que Pablo Neruda había publicado en 1924. Contiene cinco poemas y una canción de delicada orfebrería romántica, algunos con rima consonante, en los que Carlos ensaya nuevamente el pretexto de lo imaginario para rondar el poema; esta “ficcionalización”, en que la creación literaria se sobrepone al mundo real que incorpora, aunque la no realidad se presente como si ésta sí existiera, fue una constante en la poesía de Urquía. A veces, hablando de poesía, me decía que el poeta puede construir el poema aún con los temas más banales, y que sólo los ingenuos creen que las cosas que dice el poema son reales. La suprema arbitrariedad de la creación literaria lo fascinaba, porque no veía ningún otro artificio donde el hombre fuera más libre e ilimitado.

Carlos va a cumplir este año de 1987 los sesenta y seis años, está a punto de jubilarse como docente y la política lo entusiasma; se presenta como precandidato a intendente en las elecciones internas del Partido Radical y las calles de su barrio lucen su nombre en una campaña donde sobra el entusiasmo pero faltan los medios económicos necesarios. La derrota no lo aleja del

Radicalismo, aunque hace más calma su militancia. Un candidato a gobernador por este Partido le pide, a través de un amigo, que lo acompañe como futuro Secretario de Cultura de la provincia de Buenos Aires, y Carlos ya planea sus viajes y su estancia en la ciudad de La Plata. Tiene en su haber las secretarías de Cultura de la Municipalidad de San Fernando y del prestigioso Club San Fernando.

El 9 de octubre de 1987 aparece una nota que le hice para el periódico "Prensa Chica" de San Isidro. Con el título "El idioma como soberanía", se destaca la sana obsesión de Urquía por nuestra lengua. *"El libro de consulta permanente para Carlos Enrique Urquía es el Diccionario de la Real Academia Española, porque él, poeta y profesor, sabe que el idioma es su herramienta y que debe mantenerla aceitada, siempre lista para el juego riguroso de la creación. También por ello nos advierte acerca del poder inmenso de la lengua: todas las grandes conquistas de la historia de la humanidad tuvieron como socio de primera línea al idioma, y quizás de la suerte que sepamos darle al legado de España dependa el futuro de nuestra América"*.

La S.A.D.E. que preside prepara la conmemoración de los cien años de la muerte de Domingo Faustino Sarmiento con una disertación homenaje en la Biblioteca "Juan N. Madero" de San Fernando. Urquía conoce en profundidad la obra del sanjuanino y en sus charlas resalta el enorme talento demostrado en sus libros, principalmente en "Recuerdos de provincia".

Participa activamente en la iniciativa de darle el nombre de Alberto I. Giladorni a una de las calles de San Fernando. Con su Renault 12 un día vamos a conocer la que designó la Municipalidad,

paralela a las vías del Ferrocarril Mitre en el barrio “Villa Jardín”. Detiene su auto en la esquina donde se colocará la placa y habla con los vecinos, contándoles del acto que se llevará a cabo. Urquía tiene una facilidad innata para comunicarse con la gente, no guarda remilgos y dice sin rodeos para qué viene y qué quiere. En los siguientes años pude comprobar con admiración que la gente lo reconoce y lo trata con deferencia. Como él, en esos años, me lleva y me trae en su auto de las reuniones de la S.A.D.E. en la Biblioteca Madero, es común que al regresar me pida que lo acompañe a hacer las compras del domingo en una fábrica de pastas y en la panadería. Todos los que atienden lo llaman “profesor Urquía” y lo distinguen. Se lo reconoce como poeta y docente y su nombre inspira el respeto de quien se ha dedicado seriamente a su arte. En aquellos años en que tuve la oportunidad de tratar a escritores como Juan-Jacobo Bajarlía, Antonio Aliberti, Rodolfo Alonso, Alberto Vanasco, Amadeo Gravino, Esteban Moore, Fernando Kofman, Paulina Vinderman, Marta de París y Haydée Ghío, por quien Carlos tuvo un cariño especial y a quien le ayudó en muchas ocasiones a vender sus libros, siempre escuché palabras de elogio y admiración por la trayectoria y el trabajo intelectual de Urquía.

En esos años solíamos concurrir con nuestras esposas a la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, que por entonces estaba en el Predio Municipal de Exposiciones, detrás de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, y que se hacía con el lema “Del autor al lector”. A Carlos siempre lo invitaban para presentar algún libro o para dar una charla, y no era infrecuente que alguno de los libros que se presentaban en la Feria llevara su prólogo. Urquía pertenecía a la asociación “Gente de Letras” de Buenos Aires, lo

que lo mantenía al tanto de las actividades literarias de la Capital Federal.

El fallecido poeta Juan Carlos Gatell y su esposa Pepita nos invitaban a su casa de Munro, donde pasábamos veladas amenas junto a Eduardo Leúnda Moya, quien fue tesorero de la S.A.D.E. Delta por muchos años. Ambos, Eduardo Leúnda Moya y Juan Carlos Gatell, eran amigos sinceros de Carlos.

A veces, Carlos hacía una reunión en su casa e invitaba a todos los que concurríamos a las reuniones de S.A.D.E.; nos agasajaba con las pizzas que él amasaba y que preparaba con ingredientes de los más variados. En una de esas reuniones en su casa recibí el premio Orden del Juglar junto al escritor de San Martín Elido Di Serio, conocido de la secretaria de S.A.D.E. Alicia de la Fuente, quien había inspirado el galardón unos años atrás. El periódico "Huella" de San Martín, en su edición del viernes 16 de enero de 1987 informaba que *"la Filial Delta de la Sociedad Argentina de Escritores ofreció el 6 de septiembre de 1986, en la casa de su presidente escritor don Carlos Enrique Urquía un ágape con motivo de la entrega de distinciones de la Orden del Juglar, Orden creada por esa Filial Delta y que se entrega anualmente a los escritores que sobresalieron en el año. Correspondió esta vez a los escritores don Hugo E. Boulocq, miembro de esa Filial, y a don Ubaldo Elido Di Serio, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores Filial Noroeste Bonaerense"*.

Este premio también se entregó en la isla del Club San Fernando, gracias a la gestión de Urquía ante las autoridades del Club para que nos permitieran pasar el día en sus instalaciones. El diario Clarín del martes 11 de octubre de 1988 informaba: *"En el*

marco natural de la isla del Club San Fernando se realizó la última reunión de SADE Filial Delta correspondiente a 1988. En la misma se hizo entrega de la Orden del Juglar a la poeta local Liliana Doyle y al representante de Lomas de Zamora don Augusto Zorreguieta. En esa oportunidad hablaron el presidente de la Institución profesor Carlos Enrique Urquía, la vicepresidente profesora Alicia de la Fuente y los poetas galardonados. El profesor Urquía mostró su satisfacción por la labor cumplida en el año 1988 por SADE Delta y por la participación exitosa de sus miembros en distintas actuaciones. Convocó para la próxima reunión que se realizará el primer domingo de abril de 1989 en la Biblioteca y Museo Popular Juan N. Madero de San Fernando a la hora 10. Estaban presentes además de los nombrados Eduardo Leúnda Moya, Azucena Penelli Bianchi, Luisa Erminda Lafranconi, Margarita y Alfonso Carricondo, María Leone, Hugo Boulocq, Alberto Renis, Ida Julia Casella, Marta Vergasola, Mónica Furman, familiares y amigos”.

Carlos ya tenía dos nietos, Matías y Rocío, quienes lo visitaban cada fin de semana. Cuando había reunión de S.A.D.E. en la Biblioteca y antes de hacer las compras dominicales de las que ya hablé, hacía una escala en la casa de su hijo Carlitos para buscar a sus nietos; esta costumbre aún duró después de que Carlos dejara de manejar, cuando yo lo llevaba con mi auto. Otra de las costumbres que había instaurado en su vida era recibir a su hijo con su esposa y sus dos nietos todos los jueves por la noche; estas reuniones familiares semanales le brindaban un punto de apoyo y lo mantenían entusiasmado con lo cotidiano. Su salud era buena y recién después de los setenta años tuvo que estar internado por una operación; seguía la medicina homeopática y se mostraba de

buen ánimo y decidido como siempre.

Monograma.

Cuaderno Contemporáneo

La realidad del poema

Este libro apareció por primera vez en agosto de 1987, publicado por mi sello editorial Ocruxaves y con un prólogo que me pertenece, titulado “Carlos Enrique Urquía y la poesía adámica”.

Un poco después de publicar “Cinco textos de amor y una canción traspapelada”, Carlos me trajo los originales y me propuso que le hiciera el prólogo. Antes de publicarlo se lo di a leer y le gustó mucho. Le comenté que lo de poesía adámica provenía de mis lecturas de Fulcanelli, quien en “Las Moradas Filosofales” habla de dos Adanes, uno que es el perfecto y original, al que denomina Adam, y el otro, imperfecto y terrenal, al que llama Adán. Esto sumado a lo que dice Emerson sobre el poeta, a quien concibe como un Adán de nuevo en el Jardín, me permitió calificar de adámica su poesía.

El libro está ilustrado con xilografías originales de Ventura Valente y en su contratapa muestra la fotografía de Urquía que luce en las primeras páginas de este libro, realizada por Ernesto Monteavaro, conocido como “el fotógrafo de los escritores”.

Su epígrafe inicial reza *“Luchar contra la realidad / vencerla / salir victorioso”*.

Consideré en su momento y aún lo considero, que es el libro más completo de Urquía y en el que cabe todo su universo traducido en poemas. Se encuentra dividido en los siguientes

capítulos: “La puntada sin nudo (Porciones del siglo XX)”; “El péndulo y la vertical”; “Las salvadas escrituras (El amor, ese soldado tímido)”; “Textuales palabras: el lenguaje como presunto culpable”; “Los pañuelos del litoral (libro de las zambas)”; y “El hombre manuscrito”, en el que está su célebre poema a Jorge Luis Borges “¿De qué lado de la realidad”, una creación impecable de diez versos perfectos:

*Un bastón muy palo
Y un andar muy dónde
Pisada de espejo, de cuerpo y de nombre.
Los ojos prestados
Tachados
Vidriados.*

*Por Florida, inmortal y ulterado,
Escribe sus versos letrados
Y camina hacia el fondo del norte
Jorge Luis Borges.⁷*

Si bien éste es el sexto libro de poesía ciudadana de Urquía, el encasillamiento resulta banal frente a una obra tan vasta. En él podemos encontrar su poética, en el poema “La poesía” que comienza con el verso “*La rosa es lo de afuera de la rosa*”; sus amigos, como Alicia de la Fuente, secretaria por muchos años de S.A.D.E. Delta, en el poema “Alicia=Alicia”; un autorretrato, en el

⁷ En el libro “Sujeto y Predicado” hay un poema que se llama “Borges”, pero es distinto a éste. Según el excelente criterio de Mónica Ávila, en Monograma, está Borges; en Sujeto y Predicado, la poesía de Borges, con la misma fuerza.

poema “Las revelaciones”; una vivisección del poema, en “Interiores del poema”; un homenaje, en el poema “Lily Hartz”; una confirmación de que todo puede ser parte del poema, en “La mosca”; una agenda diaria, en “Vivir”; una explicación del título del libro, en “Monograma”; una radiografía de la docencia, en “Los profesores de mi hijo”; una reescritura del poema “La poesía” en el “Elogio exterior”; y sus personajes favoritos en los poemas “Pablo Picasso”, “Cassius Clay”, “José de San Martín”, “Pedro Henriquez Ureña”, “Don Segundo Sombra”, “Pablo Casal”, “Carta a Pablo Neruda”, “Leguisamo solo”, “Quevedo constante más allá de la muerte”.

La presentación de “Monograma. Cuaderno contemporáneo” se hizo en el Teatro General San Martín de la Capital Federal en agosto de 1988, y tuvo un enorme éxito. La presentación estuvo a cargo de Romualdo Brughetti y de quien escribe este libro, y recitó poemas Malvina Pastorino, la esposa del famoso actor Luis Sandrini. Carlos agradeció muy emocionado a la concurrencia y a todos sus amigos presentes. Esta presentación se había anunciado en los principales diarios de Buenos Aires.

El diario “La Nación” del domingo 7 de febrero de 1988 reseñó la aparición del libro. El domingo 22 de enero de 1989, este mismo diario publicó un comentario del libro firmado por David Martínez.

En enero de 1993 hicimos una reedición de “Monograma. Cuaderno contemporáneo”, y escribí un prólogo más escueto que el primero, en el que reconocí *“que falta aún el estudio extenso y profundo de la obra urquiiana, seguramente necesario para desmenuzar sus valiosos aportes a un arte con rigores propios y dominios demarcados. Básteme mencionar sus preocupaciones*

estructurales, rara vez superados en el panorama poético de los últimos años; su creacionismo vívido, revelador de la belleza y mensaje de las formas y de una estética siempre renovada -del cual es hoy único exponente y, por ende, referencia indispensable-; y su inigualable originalidad para dotar al paisaje de atributos poéticos con valor sólo en la orfebrería del poema -lo que constituye un don escaso en nuestro tejido literario”.

En una reunión de ese año de la S.A.D.E. Delta, Carlos fue agasajado porque cumplía treinta años con la poesía. Fue la primera vez que la emoción lo desbordaba y se le escapaban algunas lágrimas; en los años siguientes, esta sensibilidad se agudizó y era común que Urquía se emocionara hasta llorar.

Los 13 de junio de cada año, en el Día del Escritor, la Filial Delta de la S.A.D.E. se hacía presente en la plazoleta Leopoldo Lugones de Virreyes, a dos cuadras de la casa de Urquía. Por su intermedio, se había levantado un monolito y se había colocado una placa recordatoria de la Filial. Urquía hablaba con la directora del colegio Leopoldo Lugones, que está justo enfrente del monolito, y concurrían las autoridades, alumnos, profesores, padres y vecinos, además de los socios de S:A.D.E. Delta e invitados especiales, como los presidentes del Rotary Club y del Club de Leones de San Fernando, autoridades municipales, como el Secretario de Gobierno, y escritores amigos. El acto se realizaba en la calle y se cortaba la circulación de vehículos; se colocaba una ofrenda floral y hablaba Urquía. Recuerdo que antes del acto nos íbamos hasta los puestos de flores del cementerio local para comprar un ramo generoso de margaritas, crisantemos y helechos.



Fotografía de los participantes en un acto en la plazoleta "Leopoldo Lugones" de Virreyes. Urquía está junto al presidente del Rotary Club local. A la derecha, el autor de este libro.

Alguna vez le pregunté si preparaba antes lo que iba a decir, no sólo en esos actos sino en las presentaciones y conferencias donde era orador, y él me contestaba que improvisaba porque conocía bien los temas que debía tratar y porque había pasado toda una vida leyendo y enseñando sobre la literatura y los escritores.

Creo que nunca terminé de asombrarme de esta capacidad especial de Carlos para hablar frente al público sin tener ningún papel escrito. Recuerdo cuando tuvo que presentar el libro de un poeta de Cañuelas, Tito Riva; fue en el Ateneo Popular de La Boca y viajamos en su Renault 12, que después cambiaría por un modelo más nuevo. En el trayecto quise enterarme de lo que iba a decir,

pero fue inútil, él me habló como siempre de poesía y poetas universales, entre los que sobresalían Góngora, Quevedo, Darío, Neruda y Lugones. Cuando llegamos y le tocó el turno de presentar el libro, dio una disertación magnífica que fue calurosamente aplaudida.

De esta calidad especial como orador, también fui testigo en Campana, en 1988. A través del escritor Oscar Serrano, que había sido socio de S.A.D.E. Delta y quien tenía una librería bien dotada a la entrada de la ciudad⁸, lo invitaron para que hablara de poesía en un auditorio municipal céntrico. La cita era los sábados por la tarde y hacia allá nos íbamos con su auto; alguna de esas tardes nos acompañó Lucila Krause, quien todavía no había publicado su primer libro y que solía enfrascarse en largas conversaciones sobre la filosofía del arte. Llegábamos e íbamos a un bar antiguo frente al auditorio, mientras esperábamos a Serrano. A poco de llegar veíamos como la calle se llenaba de gente, la mayoría escritores de Campana para quienes Carlos Enrique Urquía era una celebridad. Carlos saludaba a todos y entrábamos. Oscar Serrano hacía de moderador y Urquía permanecía en el escenario hablando y respondiendo las preguntas de los presentes por más de dos horas. El tema era, lógicamente, la poesía. Carlos tenía concepciones muy claras y argumentos muy firmes, además de sus condiciones de docente paciente y orador entretenido. Cada concepto lo reforzaba con ejemplos fáciles de entender y con citas apropiadas de libros y autores de todos los tiempos; podía saltar de Homero a Borges y de Cervantes a Alfonso Reyes con la misma facilidad con que hablaba de sus propios libros y de su experiencia en la poesía. A mí siempre

⁸ Oscar Serrano publicó al año siguiente con mi sello editorial Ocruxaves un excelente libro de cuentos, "Cuestión de simetría y otros ejercicios", reseñado en "La Nación" del domingo 24 de septiembre de 1989.

me quedaba la sensación de que todos se iban colmados y agradecidos.

En el viaje de regreso yo volvía sobre un tema que ya era recurrente: que Carlos escribiera todas sus concepciones sobre la poesía; lamentaba que un teorizador como él no tuviera un libro como, por ejemplo, lo tenía Octavio Paz. Pero siempre me quedaba con la promesa de que alguna vez lo haría.

Pasado el año 2000, un 13 de junio, Carlos fue especialmente invitado por las autoridades del colegio Leopoldo Lugones para un acto sorpresa. Ese día lo agasajaron a él las autoridades, los profesores y los alumnos; le pusieron su nombre a la biblioteca recién inaugurada del establecimiento y le regalaron las composiciones que le habían hecho los chicos. Fue un acto intenso, en el que Carlos no paró de llorar por la emoción y la calidez del homenaje. Las calles de la plazoleta estaban colmadas de público y él, tembloroso y conmovido, supo que la cosecha de tantos años había dado sus frutos.

El año de su muerte y como la placa había desaparecido, los socios de S.A.D.E. hicimos reparar el monolito (de lo que se encargó gratuitamente el socio Herty) y colocamos una placa nueva; en esa oportunidad el acto fue un sentido homenaje póstumo a Carlos Enrique Urquía.



Fotografía de la presentación de “Monograma. Cuaderno Contemporáneo” en el Teatro General San Martín. De derecha a izquierda: Malvina Pastorino, Carlos E. Urquía, Romualdo Brughetti y el autor de este libro.

Historia natural de la manzana

Este libro se editó con el sello de Ediciones Ocruxaves en mayo de 1993 y se reeditó en mayo de 1995, tiene como subtítulo “Poemas escritos por Adán para mantener a Eva eternamente enamorada” y contiene en una de sus portadas la figura de un triángulo con la palabra LIG⁹, tal como lo mencioné en un capítulo anterior.

El dibujo de tapa es de su nieto Matías Ignacio Urquía. Comienza con el poema “Las aladas palabras” y se divide en los siguientes capítulos: “El paraíso”, “La intemperie”, “Las ciudades” y “La lámpara de Aladino”.

En su libro “Papeles dispersos” (octubre de 1996), Amadeo Gravino incluye a Carlos Enrique Urquía y su “Historia natural de la manzana” y escribe: *“Urquía es un poeta fino, innovador permanente de las formas expresivas. Un buceador constante de nuevas imágenes cargadas de auténtica belleza. Sus versos resultan alegres, frescos, contagian felicidad, ternura, y lo hacen con aplomo, sin caer en gratuitos experimentalismos aunque sin descartar tampoco la novedad que impone la mirada personal”*.

Los poemas de la primera parte del libro, que tienen como personajes a Adán y Eva, pueden sintetizarse en el párrafo que dice: *“Se les caen los nombres a Adán y Eva. Pero los recogerán, o los escribirán nuevamente sobre los corazones, como los poemas pintados de las montañas del Caribe”*.

⁹ En la página 49 del libro, el poema comienza *“Lig o Eva tenía el lenguaje en el pelo, que llevaba por la intemperie, sólo para el amor”*. Es posible, entonces, que Urquía hiciera referencia a Lilit (o *Lilith*) una legendaria figura del folclore judío, a quien se considera la primera esposa de Adán, anterior a Eva. Se la representa con el aspecto de una mujer muy hermosa, con el pelo largo y rizado, generalmente pelirroja, y a veces alada.

En la segunda parte, las ciudades elegidas por el poeta son Nueva York, Buenos Aires y San Fernando.

En este libro Urquía muestra sus preferencias por Octavio Paz, a quien cita, y por Neruda, cuando sin mencionarlo entrecomilla sus versos *“Seremos “dos lámparas ardiendo / derribadas bajo la lluvia”* (del libro “Canto general”).

“Historia natural de manzana” fue comentado en la revista “Proa” por Amadeo Gravino.

Unos días antes de la aparición de la primera edición de “Historia natural de la manzana”, el 31 de marzo de 1993, fallece Atilio Betti, y Carlos escribe: *“Conocí a Atilio Betti en 1930, cuando ambos fuimos alumnos del primer grado inferior en la escuela N° 8, en Gral. Pinto y Lavalle, de San Fernando, dirigida por la querida Lola Parejo, amiga de mi madre. Atilio era luminoso en aquel curso, por su sensibilidad para la amistad y los poemas que recitaba de memoria frente a la clase. A los dos años yo pasé a la Escuela Normal, que entonces estaba en la vieja casona de la calle Constitución 1337, donde hoy funciona el Colegio San Fernando, y momentáneamente nos alejamos, hasta que comenzamos a frecuentarnos cuando él publicó “Farsa del corazón” que tuvo mucho éxito de crítica y público”. Y concluye: “Yo tuve un cariño y una admiración especiales para quien me brindó su amistad, con la que me honró”.*

Conservo aún el cuaderno “Gloria” de hojas rayadas donde escribió de puño y letra esas líneas. El Ateneo Popular Esteban Echeverría iba a editar un libro con los textos premiados en el certamen de cuento y poesía en homenaje a Atilio Betti y Carlos, que había intervenido como jurado, prologó la edición con esas

palabras. Me lo dio a mí porque me habían encomendado la edición del libro.

En la portada de ese cuaderno dice “Locutorio privado 19-4-95”. Pensé y pienso aún que se trata del título de un libro que Urquía iba a escribir, ya que como él siempre me decía, primero pensaba el título y luego escribía su contenido. En el interior del cuaderno, en la primera página, dice “Los juegos de la luna”, y en tres páginas manuscritas hay un poema que precede al texto sobre Atilio, el que transcribo textualmente:

La luna

la garganta descalza colgaba del cuello

el balero luminoso

entre telones

Muchos años antes de la infancia

la parte abstracta y florecida

que salva y ayuda.

La luna

de la gramínea a la periquilla

tejida con las ramas del jardín

en los puños de la madre selva

y de la ortiga.

Después de los mediodías azules

a veces en follajes diminutos

de rocíos y humedades antiguas

crece la luna

*en las vinchas de los planetas
los insectos por detrás de la casa
desvestidos
alas y patas encuadernadas.*

*Los juegos saltan de trapecio en trapecio
hay instantes de colores en el aire
se ha colgado la luz alta
donde no llegan los gatos
y la luna neutral
busca sus delantales con faroles
para que el jardín no pueda evitarla.*

*Deshojada la golondrina
regreso a la biblioteca
en busca de los vuelos ancestrales
para que se equilibre la plantación
de tomate
del atlas derribado de espaldas
y la luna doblada en el horizonte
especie de cicatriz en uno
de esos días de otoño
de almanaque amarillo
detrás de las puertas de la familia.*

En 1992, la revista "Mairena" de Puerto Rico publica sus poemas "Las tres de la luna", "Memorias de la poesía" y "Los pájaros", junto a una breve biografía del autor. La selección de los

poetas argentinos que incluye la revista fue realizada por Luis Ricardo Furlan. En cuanto al poema “Los pájaros”, sin lugar a dudas demuestra una de las aficiones de Carlos, ya que los conocía y los diferenciaba según sus nombres y cantos. Lo mismo sucedía con los árboles y plantas del Delta y con las cepas de los vinos. Y en cuanto a la luna, es una imagen constante en algunos poemas de Carlos, con la que reconstruye recuerdos familiares.

Carlos ya pasó los setenta años, se jubiló como docente y planea un espacio en la radio o en la televisión que se llame “Hombre literario”. Es una época en que generosamente prologa y presenta los libros primerizos de poetas de la zona; cede la presidencia de S.A.D.E. Delta a su amiga Azucena Penelli Bianchi; el poeta Juan Deza publica un libro de poemas compartido con Urquía, a quien admira; y sigue en contacto con los amigos que cosechó en su vida, entre ellos, Manrique Fernández Moreno, hijo de Baldomero, quien le escribe: *“Amigo Urquía: Me es grato acompañarle una constancia que me dieron en la Biblioteca Nacional, cuando Eduardo Calamaro estaba escribiendo “La vera historia de la SADE”, bajo la presidencia de D. J. M. Castiñeira de Dios. Un gran abrazo. Manrique Fernández Moreno, Ministro Plenipotenciario”*; el hijo de Alfonsina, Alejandro Storni, a quien Carlos presenta en algunos actos que se hacen en San Fernando; Darío Luciano, quien comienza a publicar sus libros de historia con el apoyo de Urquía, entre ellos la recopilación de las cuatro conferencias que dio Jorge Luis Borges en el Ateneo Popular Esteban Echeverría de San Fernando; y la entrañable Haydée Ghío que presenta su obra de teatro “La caja de zapatos” en San Fernando y regresa a su casa de Belgrano en compañía de Carlos y

Lidia.

En 1994, Carlos tiene una intervención quirúrgica en la entonces clínica Santa Cecilia de San Fernando, la que supera sin inconvenientes. Después de la operación comienzan a verse los primeros signos de la vejez que se avecina, aunque lo entusiasma reunir toda su obra poética dedicada a las islas del Delta del Paraná en un libro que se llamará “La Islíada”.

Una tarde de 1995 me llama por teléfono para pedirme que lo acompañe a la Capital Federal; quiere presentar su libro “Monograma. Cuaderno contemporáneo” al Premio Nacional de Poesía. Llevamos el libro con un extenso y detallado currículum y Carlos se ilusiona con un premio que coronaría toda una vida dedicada a la poesía. No recuerdo que hayamos mencionado nunca quién ganó ese premio en aquella ocasión.

Sintaxis del Ibicuy

Epílogo

En 2002, el médico le prescribió a Carlos que caminase; tenía dificultades para moverse y ya hacía un tiempo que no conducía su vehículo. El año anterior había faltado a algunas reuniones de la S.A.D.E., pero todos creíamos que era algo pasajero. Con el pretexto de caminar, un día de septiembre vino hasta a mi casa con una carpeta que decía “Sintaxis del Ibicuy, por Carlos Enrique Urquía - Hugo - Presente”. Ya habíamos hablado por teléfono que me la traería para completar “La Islíada”, el libro que Carlos venía proyectando desde fines de la década del noventa. En el interior de la carpeta había un prólogo manuscrito de Romualdo Brughetti. Los poemas estaban fotocopiados y se repetían dos o tres veces. Uno de ellos se llamaba “Sintaxis del Ibicuy” y estaba fechado el 2 de mayo de 1977.

En los meses siguientes hablamos varias veces del libro que comprendería a “Amistad en las islas”, “La cimbra”, “Rama negra” y el inédito “Sintaxis del Ibicuy”, pero la crisis en que estaba inmersa la Argentina por aquellos años nos alejaba de cualquier presupuesto.

Ese año, Carlos fue a muy pocas de las reuniones dominicales de la S.A.D.E. en la Biblioteca Madero; recuerdo que Lydia me llamaba por teléfono para decirme que era mejor que no fuera porque no lo veía bien; estaba inestable y parecía lento, se olvidaba de las cosas que había hecho o dicho y a mí me daba la sensación de que estaba ajeno al entorno. En mayo de ese año celebramos un

nuevo aniversario de la S.A.D.E. en la casa de Luisa Erminda Lafranconi, que era la vicepresidente de la institución. Recuerdo que Carlos se sentó en la punta de la mesa y permaneció abstraído hasta que me pidió que nos fuéramos. Se le hacía muy difícil subir y bajar de mi auto, pero cuando se acomodaba volvía a hablar de muchos de los temas que en tantos años habíamos tratado. Ahora era más escueto en sus conceptos, aunque conservaba esa chispa que siempre tuvo para las frases ingeniosas.

El año anterior una entidad vecinal lo había nombrado Vecino Ilustre de Virreyes y se sentía legítimamente orgulloso de serlo. Ese mismo año fallecieron sus amigos Darío Luciano y Eduardo Leúnda Moya.

Hacia fines de 2002 me llamó Lydia para contarme que Carlos se había caído en el baño mientras se duchaba. Y en enero de 2003 me dijo que lo habían internado en un geriátrico de Tigre para que estuviera bien atendido, ya que como ellos vivían solos y Carlos era corpulento, Lydia, que es menuda, tenía miedo de no poder socorrerlo. Un domingo fuimos con mi hijo Hugo a verlo; estaba sentado en una silla en la soledad de un cuarto luminoso e impecable; por las ventanas se veían el verde de los jardines y el cielo. Cuando nos reconoció se puso a llorar, luego habló quedamente de cómo se sentía y de lo bien que lo trataban en ese lugar. Mencionó que las enfermeras ya sabían que era poeta y que les había prometido obsequiarles sus libros.

Mi hijo y yo nos fuimos con la impresión de que pronto regresaría a su casa más repuesto. Lydia nos comentó que el médico sospechaba que Carlos había tenido en el último tiempo varios pequeños infartos cerebrales y que sufría sus secuelas.

Pero el sábado 8 de febrero por la noche me llamó Lydia para decirme que Carlos había muerto; lo habían internado en San Miguel por una desmejoría repentina y esa tarde se produjo el deceso. Llamé a todos los compañeros de S.A.D.E. y quedamos en ir al cementerio de San Fernando la mañana siguiente.

Frente a su sepultura hablaron el presidente de la Biblioteca Madero, Roque García, la Directora de Cultura de San Fernando, Beatriz Posebón, en nombre y representación del intendente municipal Osvaldo Amieiro, el presidente del Ateneo Esteban Echeverría y de Amistad 25, Roberto César Carleo, la vicepresidente de S.A.D.E. Delta, Luisa Erminda Lafranconi, recitó un poema para Urquía el poeta Ernesto González Videla, que falleció en 2009, y dijo unas palabras la escritora Raquel Vivas. También estaban Francisco Vázquez, Mónica Furman, Liliana Doyle, Herty, Alejandra Murcho, Juan José Castría, otros amigos y familiares.

Su hijo Carlitos agradeció en nombre de la familia y contó que en los últimos días su papá le había dicho que ya estaba todo hecho y que no tenía nada más que agregar. Sentí que esa frase tenía sentido para alguien que había escrito: “Estamos en la vida, hay que hacer algo”.

Al mes siguiente fuimos al cementerio con Liliana Doyle para colocar una placa conmemorativa de S.A.D.E. Delta Bonaerense. Los socios de esta entidad me habían elegido presidente y Liliana era la secretaria. Ese año honramos su memoria con un concurso de poesía en homenaje a Carlos Enrique Urquía y el 19 de mayo, al cumplirse el 35º aniversario de la Filial que él había fundado, en un acto en la Biblioteca Madero inauguramos la galería de escritores en la sala “Marcos Sastre” descubriendo una placa que lo recordará

para siempre.

En septiembre de 2004 y por iniciativa de Lydia, apareció publicado con mi sello editorial el libro "Sintaxis del Ibicuy". El prólogo del libro es aquel manuscrito de Romualdo Brughetti que Carlos me había dado en 2002, y en una nota al pie se explica su inclusión aunque corresponde a otro libro, "La Islíada", que nunca se concretó. Brughetti falleció unos meses después que Carlos y no llegó a enterarse de su muerte. Otro de sus amigos que falleció en enero de 2003 fue Juan Carlos Gatell, pero Urquía tampoco se enteró de su muerte.

El diario "La Nación", en su edición del sábado 1º de marzo de 2003, con el título "Carlos Enrique Urquía. Su sepelio", reseñó su fallecimiento: *"En San Fernando, donde había transcurrido casi toda su vida, falleció y recibió sepultura el poeta Carlos Enrique Urquía, una de las voces más firmes y originales que tuvo la lírica argentina hacia mediados del siglo pasado.*

Desde la costa de esa localidad aprendió primero a avizorar y después a amar el Delta; con el correr de los años se habría de convertir, como ningún otro, en el cantor de esa zona tan cercana, tan hermosa y tan extraña. En algún momento, su invocación fue una y la misma cosa que los riachos, los pájaros y la pesca, la vegetación sombría y los ritos isleños, en buena medida entendidos como una extensión de su San Fernando vecinal y portuario.

"Amistad en las islas", en 1957; "La cimbra", en 1961 y "Rama negra", en 1971, son sus libros esenciales dentro de esa temática y aquellos, además, que le dieron largo ascendiente en el panorama poético argentino. Nombraba ríos, lugares, costumbres, e inevitablemente pasó a ser el poeta del Delta, en una suerte de

tardía floración romántica que llenaba un vacío sensible en el mapa de las referencias emotivas regionales.

Sin embargo su poesía, aunque ricamente descriptiva, no era realista y en muchos aspectos estaba influida por modas cosmopolitas en principio ajenas a esa delectación con lo inmediato; por otra parte, creía apasionadamente en lo formal de la palabra y de la entonación -lo que para entonces se llamaba "poesía pura"- y la suma de esos influjos dan, paradójicamente, a mucha de su producción un memorable matiz impresionista.

Había nacido en 1921 y desde los cuatro años vivió en San Fernando. Maestro, director de escuela y profesor secundario, en la década del 60 fue secretario de Cultura de la Comuna. Fundador y presidente de la SADE local, aun en sus obras de carácter más general no podía dejar de traer a cuento sus afecciones atadas a las cosas que lo rodeaban.

En la "Historia natural de la manzana" -una colección de textos "adámicos"-, traza el esbozo de tres ciudades caras a su sentimiento: Buenos Aires, por cierto: Nueva York y... San Fernando".

"Sintaxis del Ibicuy" contiene una completa nota biobibliográfica del poeta, su portada está ilustrada con una fotografía de Urquía y la contratapa trae los juicios críticos sobre el autor que él prefería. Además de los de Anselmo Leoz y Amadeo Gravino que ya transcribí en este libro, están los siguientes: "A lo largo del viaje que hemos vuelto a compartir con Urquía, la belleza y el goce recibidos de sus páginas poéticas exceden toda estimación crítica. Porque tienen la misma sabiduría, sencilla e indiscutible, por ejemplo, de la hoja cuando se seca para siempre.

¿Cómo explicar, entonces, qué es el verde, qué es la lluvia, que es la lluvia y qué es el viento? ¿Cómo revelar la noche y el día de esa hoja marchita? ¿Cómo descifrar las voces que no alcanzamos a descubrir en el silencio tremendo que ella ha sentido en el momento de desprenderse de su tallo?” (Fernando Alonso). *“Poesía sólida con pedestal de acero y espuma de las fantasías que se afirma increíblemente hasta convertirse en la vida misma, saltando, inquietando, reverberando en múltiples reflejos sensoriales y asociaciones sentimentales hasta alcanzar las más desprevenidas articulaciones del subconsciente”* (Juan José Ceselli). *“Urquía aventaja a Lugones en el tratamiento poético del paisaje”* (Carlos Liacho). *“Poeta de alto voltaje”* (César Tiempo). *“Uno de los pocos que merecen inscribirse entre los caracterizados de la poesía argentina contemporánea”* (Horacio Castillo). *“Cada palabra es dominada totalmente, al punto que, como un perro faldero, la hace apoyar sobre sus rodillas en una entrega total; luego, cuidadosamente, inicia la artesanía del poema”* (Nicandro Pereyra).

En un apéndice incluye la poética de Carlos Enrique Urquía, la que si bien consta como creación reflexiva en algunos poemas de “Monograma. Cuaderno contemporáneo”, en este libro son reflexiones explícitas de Carlos, que se completan con una cita que él había remarcado de la “Estética” de Max Bense¹⁰.

El volumen se compone de dos capítulos, “El monte blanco” y “Villa Paranacito”, y contiene poemas de bella hechura, al mejor estilo de “La cimbra” y “Rama Negra”. Como conservo los originales del libro encontré que “Las orillas del paisaje” se llamó

¹⁰ Nació en Estrasburgo en 1910 y falleció en 1990. Matemático, físico y filósofo. Autor de los libros *Hegel y Kierkegaard*, UNAM, México DF, 1969; *Estética de la información*, Alberto Corazón, Madrid, 1972; *Estética. Consideraciones metafísicas sobre lo bello*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1973; *Pequeña estética*, Perspectiva, São Paulo, 1975; *La semiótica: guía alfabética* (con Elisabeth Walther), Anagrama, Barcelona, 1975.

originalmente “Hombre y lancha”; que “El agarrapalo” contenía un epígrafe no incluido en el libro y que dice: *“Y cuando renazcamos / en la pradera de mis barrios de juguete / entre lagos y chicos de mil edades y mil colores / aprenderé a amar; / y tú ya no serás aquel tímido corderito / con miedo de convertirse en lobo”*; y que “Ceibo-Corino” concluía con el verso “y el pájaro en el aire sin olor y sin peso”, luego cambiado a “y el pájaro en el aire la libertad del tiempo” como figura en el libro.

En agosto de 2005 publicamos con Alejandra Murcho el primer diccionario de escritores de San Fernando con el título “Un siglo de literatura sanfernandina - Diccionario comentado de escritores de San Fernando 1900-2004”, luego reeditado en octubre de 2009. En la Introducción a la primera edición señalamos tres períodos en la historia literaria de San Fernando; la segunda, que arranca en 1957, tiene como pionero a Carlos Enrique Urquía, el primero de los autores locales con resonancias internacionales. Urquía también está incluido con su biografía en cuatro páginas de este libro.

En marzo de 2008, por iniciativa de Alejandra Murcho, se realizó en los jardines del Museo Ciudad San Fernando de Buena Vista un homenaje a escritores caracterizados de la zona y entre ellos, Carlos Enrique Urquía.

Elegido para hablar de Carlos frente a una fotografía mural, dije:

“Hacia fines de la década del ochenta lo acompañé a Urquía a Campana. Fuimos casi todos los sábados del invierno porque le habían pedido que diera unas charlas para los poetas del lugar. Viajábamos en su Renault 12 y algunas veces nos acompañaron Eduardo Leúnda Moya y Lucila Krause. Allá se reunían muchos

escritores que lo admiraban y respetaban. En el auto hablábamos de algunos de los temas que iba a tratar. Carlos era locuaz, muy agudo y tenía una claridad conceptual extraordinaria. Mientras conducía me repetía conceptos simples. Reconozco que tardé mucho tiempo en advertir que esos simples conceptos constituían los sólidos pilares de su percepción crítica del arte, la poesía y el lenguaje. Con ellos podía desarrollar sus ideas frente a cualquier auditorio. El de Campana se quedaba literalmente absorto. Tenía un modo de hablar llano y hasta campechano, usaba frases comunes y no hacía alarde de erudición. Como era muy elocuente siempre sacaba una comparación insólita de la galera. Creo que muchos anotaban algunas de sus frases. Mientras regresábamos me preguntaba qué me había parecido y yo siempre le decía lo mismo: Es una lástima que no dejes escrito todo esto que hablaste.

Y así fue: nunca escribió orgánicamente todo lo que sabía y pensaba sobre la poesía y el arte. En cambio, publicó once libros de poesía dedicados a temas del Delta y a temas urbanos. También fue coautor de una antología poética en tres tomos que resulta inevitable para cualquier estudioso de la poesía argentina del siglo veinte. Y codirigió una revista literaria que marcó un hito en la literatura de nuestro país. Formó parte de una generación literaria, la del cincuenta, que integraron los mejores poetas de la Argentina. Escribió para los principales diarios de Buenos Aires y se lo incluyó en todas las antologías serias que se hicieron en la segunda mitad del siglo pasado.

Urquía fue muy reconocido en el ambiente literario de su época. A mí me ocurrió que al conocer a escritores de Buenos Aires, cuando les decía de dónde era, inevitablemente mencionaban a

Carlos como el referente literario de San Fernando. Tenía un prestigio enorme entre los poetas de su generación; los más jóvenes le guardaban un profundo respeto y muchos sabían de nuestro pueblo porque aquí vivía Urquía.

Carlos fue un docente constante; le gustaba enseñar y lo hacía naturalmente, como alguien que ha nacido para ello. Esta vocación se le notaba cuando hablaba en público: era un orador claro, didáctico y entretenido. Creo que nunca habló en público leyendo un papel escrito. A mí personalmente me sorprendía que no tuviera nada preparado, ni siquiera un apunte para guiarse. Recuerdo cuando fuimos al Ateneo de La Boca porque iba a presentar el libro de un poeta de Cañuelas. En el viaje conversamos del libro y de sus bondades. Yo me daba cuenta de que Carlos tenía muy claro lo que iba a decir del libro; aún así me animé a preguntarle por qué no lo había anotado. Sonriendo me contestó: "Es que soy muy vago para escribir". En ese entonces ya llevaba nueve libros publicados.

Creo que Carlos siempre tenía un libro de poesía en mente; empezaba por el título -que inevitablemente era original- y después iba armándolo. Así hizo con Sintaxis del Ibicuy, un libro que terminó publicando Lydia, su esposa, después de su muerte. Con este libro sucedió algo particular: el prólogo es de Romualdo Brughetti, un escritor y crítico amigo de Carlos. Brughetti se lo mandó por correo en el 2002 y no se refería a Sintaxis del Ibicuy sino a otro libro que Urquía tenía pensado publicar más adelante: La Islíada. Esta obra reuniría toda su producción poética dedicada al Delta del Paraná. Pero como Bru-ghetti falleció unos meses antes que Carlos, no pudo enterarse de que estaba prologando un libro distinto, que aún permanece inédito.

Pero además, Sintaxis del Ibicuy me decidió a escribir la biografía de Urquía, la que arranqué con mucho ímpetu en el 2004 sin imaginar que me llevaría más de cuatro años. Es que Carlos no fue un poeta fácil: cada uno de sus libros marca una búsqueda formal distinta e independiente de los temas que trata. Al abordar esas búsquedas estéticas es inevitable toparse con el poeta de carne y hueso al que muchos consideramos un amigo, un compañero, un hombre de bien. Y posiblemente de eso trate este homenaje: de recordar a un amigo que es uno de los grandes poetas de San Fernando”.

“Cuatro siglos qué son para un Quevedo...”

Conocí a Carlos Enrique Urquía en octubre de 1973. cuando comencé a trabajar como profesora de Castellano en el Colegio San Fernando. Ése fue el inicio de una larga amistad literaria. Él me brindó todos sus conocimientos. Fue mi “padrino”, junto con Atilio Betti. Publicó mi primer poema en la Revista del Club San Fernando y escribió la contratapa de mi primer libro: “Mar Dulce”, que publiqué a los treinta y pico de años, como él el suyo.

Teníamos largas discusiones sobre si la poesía era fondo o forma. Yo, desde mi título recién estrenado, porfiaba que ambas cosas. Él, citando a Vicente Huidobro, abogaba por la forma.

Recuerdo sus famosas frases: “El adjetivo, cuando no da vida, mata”. O cuando me dijo una vez: “Yo no quise hacer plata, quise hacer poesía”.

Publicaba espontáneamente, sin buscar premios o halagos, y me dejó el ejemplo de ser fiel a la vocación, sin depender del aplauso o del reconocimiento de los demás.

Su lenguaje se volvía a veces matemático o técnico (“verbo y sustantivo atornillado”), retorciéndole el cuello a la sintaxis y jugando con los vocablos. Me decía que la poesía debía tener sustantivos “sólidos”.

Su soneto a Quevedo magistralmente trasciende y moderniza el género, así como marca un nuevo ritmo a la zamba o al tango.

Aunque ni por asomo puedo compararme, hoy me pongo tus “pasos para andar por la vida”, querido Carlos.

Liliana S. Doyle

NOTICIA BIOBIBLIOGRÁFICA DE HUGO E. BOULOCQ

Nació en Buenos Aires, el 18 de octubre de 1952 y falleció el 28 de enero de 2012.

Fue Asistente Técnico de la Provincia de Buenos Aires en el área Talleres Literarios. Fundó y dirigió la revista literaria Ocruxaves y el periódico Prensa Literaria. Fue columnista del periódico Prensa Chica, colaborador de la revista Clepsidra y coeditor de la revista de poesía El barco ebrio.

Reunió sus cuentos publicados en el diario La Prensa, de Buenos Aires, y en las antologías de Ediciones Filofalsía en un libro titulado “Enroque en la ventana”, editado en 1987. En 2003 publicó su segundo volumen de cuentos “En la prisión de los bárbaros y otros cuentos”, y en 2008 su tercer libro de cuentos “Siempre llueven flores en Manantiales”, compuesto por textos premiados en concursos nacionales.

En 2006 publicó “Breve Teoría y Práctica del Cuento” en la colección Cuadernillos de Literatura 2005 de S.A.D.E. Delta Bonaerense.

Es coautor junto a Alejandra Murcho de “Un siglo de Literatura Sanfernandina - Diccionario Comentado de Escritores de San Fernando. 1900-2004”, publicado en 2005 y reeditado en 2009, y de “Textos escogidos de la literatura sanfernandina – Cuentos”, editado en 2009.

Dirigió el sello editorial Ocruxaves desde 1985.

Fue presidente de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores), Seccional Delta Bonaerense, y cofundador del Círculo de Escritores de San Fernando. Integra la Sociedad Patriótica y Cultural “Amistad 25”.

En 2009 fue distinguido con el Premio al Mérito del Ateneo Popular Esteban Echeverría.

En 2010 editó Apuntes para una Biografía de Carlos Enrique Urquía. La vida del poeta Sanfernandino a través de sus libros.

En 2012, Alejandra Murcho publicó la obra que lamentablemente tuvo que terminar sola, San Fernando de Hoy, Segunda Época Literaria. Este fue el último trabajo en vida junto con ella que llevó a cabo.

Durante el último tramo del año 2012 y 2013 la familia de Hugo Enrique Boulocq reunió en 2 publicaciones póstumas, editadas digitalmente los siguientes títulos, los cuales pueden ser descargados libremente desde

<https://ocruxaves.com.ar>:

-Breviario de Ensayos.

-Los cipreses del cementerio Británico